ALEXANDER NAKAROV

ANTOLOGIA DE LA POESIA SOVIETICA

BIBLIOTECA JUCAR

ALEXANDER MAKAROV

ANTOLOGIA DE LA POESIA SOVIETICA

BIBLIOTECA JUCAR

Cubierta: "El ojo móvil"
Primera edición: junio de 1974

© del prólogo, ALEXANDER MAKAROV
Derechos de la presente edición, EDICIONES JUCAR, 1974
Chantada, 7. Madrid-29
I. S. B. N.: 84-334-0148-3
Depósito legal: M. 8.701/74
Impreso en España por Altamira-Rotopress, S. A.
Carretera de Barcelona, Km. 11,200. Madrid-22

NOTA EDITORIAL

La presente antología fue recopilada por un grupo de poetas soviéticos y seleccionada definitivamente, de acuerdo con el material reunido, por Alexander Makarov. No pocos de esos poemas fueron directamente traducidos al castellano por algunos garantizados conocedores de la lengua rusa. En otros casos, un equipo de las Ediciones en Lenguas Extranjeras de Moscú se encargó de realizar unas primitivas versiones que fueron posteriormente enviadas —en copia bilingüe y con las correspondientes notas aclaratorias— a los distintos escritores españoles e hispanoamericanos cuyos nombres aparecen así asociados a esta antología. A ellos se debe, por tanto, la reescritura en "lenguaje poético" de unos textos ya previamente transcritos en "lenguaje literal".

En todo caso se hace constar en el lugar correspondiente si se trata de traducciones directas del original o de versiones realizadas a partir de los mencionados textos previos.

LA POESÍA SOVIÉTICA

Medio siglo de poesía soviética significa medio siglo de una de las más grandes épocas de la literatura en lengua rusa. Significa, expresado en términos precisos, medio siglo de edificación de una sociedad nueva a través de un accidentado camino de luchas, de dolorosas pérdidas y logros obtenidos a costa de inenarrables sufrimientos.

En ese arduo ciclo histórico se perfilan también, lógicamente, sus propias formas poéticas, se buscan nuevos medios para canalizar ideas y sentimientos nuevos, se indaga en unas formas expresivas acordes con la época. Son búsquedas, en todo caso, que se basan en la experiencia y la tradición de la poesía clásica rusa.

El oído del poeta capta en la vida, en su caótico despliegue, ese cúmulo de llamamientos que definen su sentido irrepetible. "Escuchad la revolución con todo el cuerpo, con todo el corazón, con toda la conciencia", exhortaba Alexander Blok. Como gran poeta, comprendió que los nuevos acontecimientos, la propia marcha del tiempo, llevaban en sí nuevas posibilidades para la poesía rusa, y así lo demostró genialmente en su poema Los doce.

La poesía expresa el espíritu de la historia, es su oído

y su voz. No pretendo buscar aquí una enésima —y seguramente exhaustiva— definición de la poesía, que es quizá la más enigmática de todas las artes, aunque quizá también la más influyente. Y es asimismo la más huidiza, porque, traducida a otra lengua, pierde sin remedio una parte de su intransferible capacidad de sugestión. Expresión de un espíritu y una cultura, la poesía constituye un coro de voces en el que, cuanto más netamente se escucha cada una de ellas, más rotundo resuena el coro y con mayor diversidad se ponen de manifiesto las raíces de un determinado momento histórico.

De ahí el deseo de iniciar esta divagación acerca de la poesía rusa soviética partiendo de un rasgo muy esencial para ella: la profusión y variedad de sus cultivadores. Muy distintos y similares a la vez, vieron y apreciaron la realidad de modo diferente y llegaron a compenetrarse con ella por sendas varias. Personalidades opuestas a menudo, se definieron como innovadores que rompían moldes con audacia o tradicionalistas *que manifestaban igual virtuosismo permaneciendo fieles al verso clásico ruso y volcando en él un contenido nuevo.*

Existe pleno fundamento para decir que ningún período histórico brilló en el pasado con tal diversidad de acentos poéticos. No se trata de su fuerza, aunque la revolución dio a Rusia poetas como Blok, Maiakovski, Tvardovski, sino precisamente de la polifonía de sus voces y de la diversidad de sus mecanismos estéticos.

La poesía del pasado era obra y patrimonio de un círculo más o menos restringido de la sociedad erudita, de escuelas y programas que se sucedían, derivando de tales o cuales corrientes sociales. Pero en la revolución se integraron, de una u otra forma, enor-

nuevas masas humanas: despertó la conciencia histórica de fuerzas populares incalculables y agitó, inquietó también a los sectores de la intelectualidad más aislados que, según dijo Vera Inber, "absorbían la realidad como por una paja de refresco". La revolución los situó ante un brusco dilema moral.

El fragor de las contiendas, cada vez más próximo, se escuchaba en la poesía mucho antes de 1917. En los años anteriores a la revolución, sólo quienes no tuvieran oídos podían no escucharlo. Así lo confirma Blok en sus meditaciones acerca de la senda histórica de Rusia, en el presentimiento de que "la negra sangre terrestre nos promete, desgarrando las venas, destruyendo todas las divisorias, cambios nunca vistos". Futuro tribuno de la revolución, el joven Maiakovski profetizaba:

> Allí donde la vista no alcanza,
> al frente de hordas hambrientas,
> coronado de espinas por la revolución,
> se acerca el año dieciséis.

Sólo se equivocó en un año, y siguió buscando nuevos medios poéticos, ya que "la calle se retuerce, muda: no tiene lengua para gritar y hablar". Por su lado, ya vocifera libremente el "infatigable" Demián Biedni, manejando a la perfección el verso dialogado de la fábula, que satura de afilados dichos populares y de densa fraseología política.

A la edificación de la nueva cultura consagrarán también sus mejores esfuerzos —tras Alexander Blok— Valeri Briúsov, maestro del simbolismo ruso; el mágico in-

ventor de palabras Velemir Jlébnikov, y el ingenioso soñador Andréi Bieli. La aportación de ese grupo generacional a la poesía soviética no se limita al espléndido poema Los escitas, *de Blok, a las odas de Briúsov y a los cantos de Jlébnikov. También consiste en la entrega a la nueva promoción de poetas de un nuevo repertorio de cultura. Y no sólo en el sentido metafórico: a las conferencias de Blok y de Bieli sobre poesía y a los coloquios en el Instituto de Literatura —que organizara Briúsov—, asistían de hecho todos los escritores de los años 20. La poesía rusa soviética surgió así virtualmente como contrastada herencia de los ideales humanistas de la poesía clásica rusa y de su maestría técnica.*

Los poetas que comenzaron su obra antes de la revolución, siguieron después sendas distintas. Estas fueron muy complejas en poetas tan relevantes como Anna Ajmátova, Osip Mandelshtan y Marina Tsvetáeva, cuya creación había cuajado ya en formas, digamos, de lírica de cámara, distante de la encrucijada batida por los vientos de la revolución. Sin embargo, esos vientos no tardarían en azotar también otras márgenes de la poesía, que va ofreciéndonos con toda exactitud los avatares de ese mundo desconcertado por los acontecimientos.

En cuanto a los poetas cuya obra se hallaba en fase de afianzamiento, la revolución les proporcionó un extraordinario impulso. En las tempestades del mundo nuevo nace también, como una revelación, la apasionada introspección de Serguéi Esenin, el más alto de los líricos rusos, con su febril preocupación por Rusia y por todo lo vivo; nacen el complejo mundo espiritual de la poesía de Borís Pasternak, la recia arquitectura verbal de

Nikolai Asteev, la meditación en voz queda de Vera Inber acerca de sí misma y de su tiempo.

El camino fue arduo, sinuoso y a veces trágico. Si Maiakovski penetró en el futuro con paso firme, Esenin escribía con su sinceridad innata: "Cuando intento alcanzar a las huestes de acero, me quedo con un pie en el pasado, con el otro resbalo y caigo sobre la tierra." Pero el estímulo de su obra consistía en la criba del pasado, en la sed abrasadora de "compenetrarse a cada instante con una situación encabritada". El asentamiento del nuevo régimen social fue extraordinariamente difícil e intenso, y también fue duro el camino de los poetas que, como Esenin, "sufría sin comprender lo que se avecinaba".

Fiel a sus principios en materia de arte, el nuevo sistema cultural instaba a los artistas a que asumieran un papel educativo en la esfera ideológica a través de una filosofía de vanguardia, sin que ello supusiera en modo alguno coartar una tendencia cualquiera en la esfera de la literatura, ya que lo que se pretendía era "la libre emulación de corrientes y grupos distintos, sin conceder el monopolio a ninguno de ellos". Esta política contribuyó a la cohesión de las fuerzas creadoras y al logro de las tareas planteadas ante el país por la propia historia. Los poetas encontraron nuevos estímulos temáticos en la propia interpretación de las nuevas formas de vida. El creciente impulso hacia el porvenir tenía que transmitirse necesariamente de algún modo a la creación poética.

*

El primer decenio soviético fue el decenio de formación de la poesía rusa en tanto que poesía vinculada a la coyuntura histórica. "Era algo que iba con los combatientes o con el país o dentro de mi corazón", escribía Maiakovski, y quizá sean estas palabras las que con mayor precisión expresen el rasgo esencial de la poesía soviética de contenido lírico-épico, ese lazo indisoluble del mundo interno del poeta con la experiencia histórica.

La visión personal del poeta, sus resortes mentales, son lógicamente muy disímiles por naturaleza, pero precisamente esa variedad permitió que la poesía soviética no se convirtiera en la poesía de un círculo determinado, sino en la expresión de una sociedad condicionada al curso de un proceso histórico. Día a día, se incorporaban fuerzas nuevas a la poesía. Y cada oleada aportaba una enriquecedora diversidad de ideas y sentimientos, de percepciones del mundo, de individualidades artísticas.

Irrumpen entonces aquellos cuya juventud transcurrió en las batallas de la guerra civil, y resuena en la poesía el ritmo riguroso de las baladas del joven Nikolái Tijonov, el vital romanticismo de Eduard Bagritski, el intenso dramatismo épico de Iliá Selvinski, la triste y apacible materia emocional de Mijaíl Svietlov...

En la década del 20, la poesía rusa da cabida a una vorágine de pasiones, de opiniones encontradas, de enfrentamientos de estilos y programas poéticos y, al mismo tiempo, es una época en que cuaja una auténtica poesía revolucionaria, como los poemas Vladímir Ilich Lenin *y* ¡Bien!, *de Maiakovski;* La calle Mayor, *de Demián;* El año novecientos cinco *y* El teniente Shmidt,

de Borís Pasternak; Anna Snéguina, *de Serguéi Esenin;* Meditaciones sobre Opanás, *de Eduard Bagritski... La experiencia de esta inicial poesía soviética no sólo ratificó la tesis de que la poesía "son" los poetas, sino que, además, vino a ofrecer una categórica prueba de la eficacia de la literatura como vehículo de enriquecimiento social.*

*

En la divisoria de los años 20 y 30, se incorporaban nuevos nombres a la poesía rusa, entre cuyos ecos sobresale bien pronto la apasionada voz civil de Alexéi Surkov y el acento emocional —a la manera de los cancioneros populares— de Mijaíl Isakovski. Al lado de la poesía irónicamente lúdica del primer Nikolái Sabolotski, surgía la obra de Alexander Rvardovski, tan meditativamente emparentada con la de Nekrásov, mientras Pável Vasíliev creaba un mundo poético vigorosamente reconstruido a partir de imágenes folklóricas, y fraguaba el patético realismo de Yaroslav Smeliajov, rebosante de metáforas plásticas y ritmos clásicos rusos.

Por estos mismos años de la "Gran Guerra Patria", se perfiló la austera temática beligerante de Konstantín Símonov; resonó con toda su fuerza la voz de Olga Berggolts, nacida del mismo hondón de la tragedia, y alcanzó sus más altas cumbres dramáticas la reflexiva lírica de Margarita Aliguer.

Ya en los años de posguerra, cuando regresaron a la vida civil hombres jóvenes marcados con el fuego de las batallas —de idéntica biografía pero de concep-

ciones estéticas muy dispares—, aparecerá la terrible experiencia bélica en los versos de Semion Gudzenko o en las estrofas lapidarias de Serguéi Orlov, donde se reconoce ya un nuevo rumbo expresivo por reiterados que sean los hechos descritos. Alexander Mézhirov, que ha llegado a ser uno de los líricos contemporáneos más profundos y sutiles, iniciará su obra con la conmovedora confesión de un impresionante adolescente soldado. Evgueni Vinokúrov llevará a la poesía su personalísimo afán renovador, descubriendo un sentido inesperadamente lúcido en los fenómenos y los objetos cotidianos.

También ocurrirá así en el último decenio, cuando reclaman intrépidamente un sitio para hacerse oír poetas de muy dispares objetivos, como Evgueni Evtushenko, cuya obra abarca un campo particularmente extenso de ramificaciones morales y artísticas, desde el candente tema político hasta las confesiones íntimas, siendo el poeta que ha reflejado quizá de manera más multifacética las búsquedas de su generación. A su lado, hay que citar a Andréi Vosnesenski, cuya poesía se abastece al mismo tiempo de complejidad y fulgor a través de desconcertantes metáforas, y el cual percibe de manera impresionante la atmósfera, penetrada de dinamismo, de un mundo saturado de descubrimientos y contradicciones. Y no olvidemos, en esta nómina fugaz, a poetas tan distintos como Róbert Rozhdéstvenski, con su revolucionario temperamento de tribuno, o como Bella Ajmadúlina, capaz de expresar tan elegantemente los palpitantes y movedizos impulsos de la conciencia.

Sólo aludo a unos pocos nombres —que, naturalmen-

te, no representan todos los perfiles creadores de tal o cual promoción— con el simple propósito de dar una idea de la profusión de matices del espectro poético. Esa misma profusión define toda una panorámica donde se van engrosando —entrecruzando— una serie de juveniles y ya maduras personalidades. En plena guerra, Alexéi Surkov escribía en un poema dirigido al joven Konstantín Símonov: "Nos hermanamos por la edad en el combate; potenciemos mi experiencia de ocho lustros con tu impulso y tu juventud."

Por los años en que Andréi Vosnesenski hacía inolvidable acto de presencia con su poema Los maestros, *Nikolái Aséiev —que había empezado a escribir medio siglo antes— publicaba* Lad, *sorprendente por su fuerza renovadora, y Vladímir Lugovskói —iniciado en la poesía diez años después de Aséiev— terminaba el libro* A mediados de siglo, *su obra de mayor y más influyente aliento.*

*

Al meditar sobre los destinos de la poesía soviética no se puede por menos de señalar la manifiesta e ininterrumpida consagración de nombres nuevos, sin que ello suponga lógicamente ninguna clase de dimisión de los ya suficientemente conocidos. El período de la guerra —por ejemplo— fue, indudablemente, un período de impetuoso auge en la creación de Alexander Tvardovski, que enriqueció entonces el almacén de la poesía rusa con su Vasili Tiorkin. *Sin embargo, no menos fructífera fue para el poeta la década del 50, en que publicó* Tras la lejanía, lejanía..., *tensa medita-*

ción en torno a la historia y los destinos del país. Por su parte, Nikolái Saboltski, inimitable en su lírica burlona de los primeros tiempos, verifica años después una aportación poética aún más considerable como pensador y humanista.

Esta remozada aparición del poeta ante el lector bajo un aspecto nuevo, a menudo distinto al de los primeros tiempos, ha dado incluso origen al término "segundo nacimiento", empleado por la crítica cuando se refiere, por ejemplo, a Vladímir Lugovskói, Mijaíl Svietlov, Yaroslav Smeliakov y algunos otras poetas de precedentes generaciones. No sé hasta qué punto es acertada esta definición. En todo caso, lo que importa es señalar el nexo del propio fenómeno con los acontecimientos y situaciones críticas de la historia que lo determina.

El destino de cada persona y, por consiguiente, el destino del poeta, es inseparable de esa época a la vez terrible y victoriosa. Al mirar estos largos cincuenta años de la poesía rusa, vemos con toda claridad que los intelectuales aparecían directamente vinculados a las contradicciones y exigencias de cada uno de esos momentos decisivos. Y estos hitos eran también a menudo los que marcaban nuevos arranques en la creación de los poetas de las generaciones anteriores.

No estoy trazando aquí la historia de la poesía rusa soviética —ni tengo posibilidad de escribirla— y, por ello, no me propongo conducir al lector por la selva de encontrados juicios, opiniones y puntos de vista políticos y literarios que se produjeron en la década de los años 20. La lucha de los diferentes grupos literarios de aquellos años es hoy patrimonio del recuerdo,

y hace tiempo que han ido amortiguándose sus choques. Sólo quedan inamovibles los poemas creados en la fragua personal de las pasiones; no los elaborados a través de prescripciones normativas, sino los nacidos de una verdad íntima sacudida por una realidad insoslayable.

Incluso en que la poesía soviética —y no sólo la de los primeros años— no constituía un torrente único. Además, ¿cómo puede concebirse semejante torrente en el arte? Acaso pudo definirse en alguna tendencia en boga, como la del hermetismo, donde las producciones ofrecían cierta unidad, pero desde los primeros años, pese a todas las contradicciones del desarrollo, la creación de los poetas soviéticos se distinguió y estuvo cohesionada por un sentimiento único: el afán de ser útil de algún modo a la nueva cultura que se erigía.

La poesía rusa soviética se dio a conocer como heredera y sucesora de los grandes poetas rusos del pasado —Pushkin, Lérmontov, Nekrásov— que siempre fundamentaron sus producciones en los más duraderos afanes de la humanidad. El civismo pasa a ser propiedad inalienable de la poesía soviética desde sus primeros pasos hasta nuestros días. Evgueni Evtushenko —ya de la tercera o de la cuarta generación— declara convencido que, en Rusia, "están destinados a ser poetas únicamente aquellos en quienes palpita el altivo espíritu del civismo". Puede decirse con pleno fundamento que la nueva poesía rusa se reorganiza a partir de su identificación *soviética, concepto que encierra todo un complejo de sentimientos: el amor secular a la tierra materna, el impulso que abre caminos nuevos en la historia, el ardiente deseo de asistir a la construcción de*

un mundo. "Ensalzo la patria que existe, pero tres veces más la que existirá", proclamó Maiakovski.

La revolución de octubre y la primera experiencia de edificación del socialismo tuvieron lugar en un país multinacional. Y, para los poetas, el sentimiento de hermandad no era sólo un llamamiento afectivo: consistía realmente en los esfuerzos conjuntos encaminados a reestructurar la vida cuando se venían abajo las murallas de la alienación y de la desigualdad de la Rusia zarista.

En los años 20, el tema de la hermandad de los pueblos resonaba nítidamente en los versos de Maiakovski y de Esenin. Una década más tarde, mientras los vientos renovadores penetraban hasta los rincones más lejanos del país y se quebraban las normas de vida en las repúblicas periféricas, este tema atrajo literalmente a todos los poetas rusos. El conocimiento directo de la vida y los usos de otros pueblos, contribuyó a la aparición de los espléndidos ciclos líricos de Nikolai Tíjinov, de Vera Inber y de Borís Pasternak, y al establecimiento de relaciones creadoras entre los poetas de todos los pueblos soviéticos.

La poesía soviética fustigaba y destruía consecuentemente —y a veces dolorosamente— todo lo que ponía obstáculos al libre desarrollo del hombre nuevo. Pero, indudablemente, nuestra poesía se plantea ante todo la tentativa de traspasar al hombre reacciones y sentimientos constructivos, de enriquecer sus estímulos ante la belleza. No resulta extraño, por consiguiente, que sea precisamente el tema de la solidaridad humana el que constituya la senda fundamental de la poesía soviética. Tal vez haya que buscar las primeras conquis-

tuvo a este respecto en la obra de un Demián Biedni, o de un Mijail Svietlov, que abordan una revulsiva temática de integración en los desgarramientos sociales. A medida que se robustece la sociedad, estos motivos aparecen más palpables en la creación de los poetas.

Naturalmente, toda poesía que se fragua en la fraternidad lleva implícita la búsqueda de medios realistas para expresar el mundo interno del hombre. Pero un realismo no falazmente entendido en su más rígida fórmula de simplificación, sino aquél que se traza como objetivo elevar el nivel estético de la sociedad, desarrollar su conciencia y sus gustos artísticos. Vladímir Lenin, hablando con Gorki, resaltó la importancia de la labor de Demián Biedni en el plano de la agitación, pero reprochó a éste "seguir al lector, cuando hace falta ir un poco delante de él". La experiencia de medio siglo de poesía soviética confirma el significado esencial de la observación de Lenin: adquiría carácter perenne la creación de los poetas que iban "un poco delante", que no sacrificaban la profundidad del contenido ni la perfección de la forma en aras de la asequibilidad. Nada más plausible.

Precisamente ellos desempeñaron en los primeros tiempos un importante papel educativo, inclinaron a amplios círculos de lectores a ver en el arte un auxiliar para los afanes y trabajos cotidianos, un arma espiritual. Estos poetas fueron el puente imprescindible para salvar el precipicio que separaba entonces a muy amplias masas de lectores, con su bajo nivel cultural, de las siempre inagotables conquistas del arte.

El medio siglo de experiencia de la poesía rusa demuestra también que el "realismo" jamás debe coartar

la creación poética con ningún género de cánones ni normas. Por el contrario, el movimiento voraz, ininterrumpido de la vida puede ser el mejor estímulo para nuevas búsquedas y descubrimientos en la esfera del arte, dando lugar al nacimiento de múltiples vertientes y de múltiples sistemas de ahondamiento en la inagotable materia prima de la realidad.

La poesía rusa contemporánea posee una extraordinaria amplitud. En ella encuentran cabal expresión el propio dinamismo de nuestro tiempo, las luchas del corazón humano, el mundo espiritual del hombre. La concepción de lo sublime es en ella inseparable de la concepción de lo heroico. Una nueva era de la historia de la humanidad comenzó con la lucha frente a las fuerzas que trataban de retrotraer la rueda de la historia. Las crónicas de la época nos hablan de los acontecimientos políticos, las encrucijadas sociales, las batallas. Pero únicamente la imagen creada por un poeta es capaz de llevar hasta el lector contemporáneo la profunda imagen emocional de aquellos años:

En medio
de los fusiles
y del vozarrón de los cañones,
Moscú
es una islita,
y estamos en ella
hambrientos,
míseros,
con Lenin en la mente
y las armas en la mano.

Con esta simple enumeración poética expresó Maiakovski una honda correlación temporal entre el hombre y la historia. Nada tiene de particular que la poesía rusa soviética naciera en aquellos años como poesía épica, como poesía heroica. Lo heroico se convierte en uno de sus rasgos determinantes. Con lo heroico entra imperiosamente en la poesía la imagen del hombre nuevo, engendrado por la revolución. En las distintas —y difíciles— etapas del devenir de la sociedad soviética, esta imagen se irá haciendo más compleja según las incitaciones —y contradicciones— de las nuevas tareas históricas.

En el primer decenio, es la imagen del hombre que ha descubierto un nuevo sentido de la vida, del hombre envuelto en el romanticismo revolucionario y decidido a sacrificarse para "que nazca de la tierra desangrada una nueva juventud" (Bagritski). Es la misma actitud que volverá a surgir en la poesía en la década del 50, a través de esos recuerdos de la infancia que alientan en la obra de Evgueni Evtushenko, Evgueni Vinokúrov y otros muchos exponentes de las promociones de posguerra, tan conflictivas por tantos motivos.

En los años 30, los poetas formados ya en la etapa soviética —Nikolái Deméntiev, Yaroslav Smeliakov, Borís Ruchiov— hacen su aportación al tema heroico expresando los ideales de su generación en poemas penetrados del énfasis de las duras jornadas cotidianas de trabajo.

Pero el pueblo soviético se veía obligado a construir su propia historia en un ambiente de constante amenaza bélica. Se deja sentir por entonces de manera cada vez más evidente el presentimiento de lo irremediable

y, ya en los años de la guerra, es lógico que predominen esencialmente en la poesía las experiencias del combatiente. La lírica de los años de la conflagración es una de las más bellas páginas de la poesía rusa soviética. Es obra de poetas de todas las generaciones, desde Anna Ajmátova, que en aquellos años pasó por su "segundo nacimiento", hasta los que escribieron sus primeros versos en el campo de batalla.

Precisamente en aquellos años conoció y comprendió el pueblo a sus poetas como a sus más fidedignos intérpretes. Es entonces cuando se enriquece la poesía rusa con la épica de Alesandr Tvardovski, con las apasionadas confesiones de Konstantín Símonov, con la lírica "de campaña" de Alexéi Surkov. Sin embargo, ¡cuántas facetas tuvo la expresión de esa coyuntura humana y de esa voluntad artística, refractadas a través de un prisma de múltiples registros!

*

El período actual de la poesía soviética está definido por las más remozadas e intrépidas tentativas de afianzamiento ético. Si atendemos, en este último decenio, a la obra de poetas ya generalmente reconocidos y de otros que ahora se inician, se advierte unánimemente que la ética constituye el elemento esencial de la poesía contemporánea. Sin embargo, también este sentimiento convive con el heroico y se entrelaza dentro de las paulatinas tendencias indagatorias en materia estética. Cambian los tiempos, se renuevan los canales expresivos, pero no se extingue el verdadero espíritu revolucionario de lo heroico trasvasado a la poesía.

Naturalmente, sólo he tratado de señalar algunos de los rasgos característicos de la poesía soviética en el curso de su desarrollo, y que constituyen el conjunto de expresiones disímiles pero aunadas por esa red de posibilidades artísticas que se integran en el realismo. Como ya he apuntado, no se trata de un dogma establecido con métodos rutinarios: es un fruto natural de la época y de la reestructuración de la sociedad, un fenómeno vivo del arte contemporáneo, que progresa a compás de sus leyes internas propias y no puede aislarse de los fenómenos progresivos del arte mundial.

La breve antología que ofrecemos al lector tampoco pretende, ni con mucho, dar una idea plena de la inagotable riqueza de contenido de la poesía soviética. De todas maneras, quisiéramos que esta compilación ayudara no sólo a captar el espíritu general de esa poesía, sino también a valorar la diversidad y originalidad de sus cultivadores y su propuesta de integridad y eficacia humanas.

ALEXANDER MAKAROV

(Traducción de Vicente Zúñiga.)

DEMIÁN BIEDNI
(1879-1945)

EPÍLOGO DEL POEMA "LA CALLE MAYOR"

Vueltas y más vueltas del carril de la historia...
Ha sonado la primera campanada. ¿O será la segunda?
Años terribles de lucha titánica,
esa es nuestra victoriosa corona de laurel.
Hermanos, no creáis en la lisonja adormecedora:
"¡Sois los vencedores! Nos hincamos de rodillas."
No creáis, tampoco, en el cobarde lloriqueo.
"¡Nuestras vicisitudes no tienen fin!"
No importa que piensen que nuestra Calle es un tras-
[patio
junto a la Avenida Mundial del enemigo.
¿No es un hecho que esa avenida, muerta ya,
se sostiene sólo con puntales e ilusiones?
Al avanzar por nuestra Calle Mayor
retrocedimos,
pero, después de retroceder ante una fuerza su-
[perior,
avanzábamos. Una y otra vez.
No importa que la línea mundial del frente rojo
sea intermitente. No importa que no sea recta.

¿Vamos por esa razón a estallar en palabras de des-
[aliento?
¿Acaso ella no se fortalece día a día, acaso no se for-
[talece nuestra línea?
Montemos guardia ante lo conseguido a fuerza de
[tantos sacrificios,
observemos vigilantes los punteros del reloj.
Estremece la lejanía
el tronar de vivas voces de combate.
Hermanos, escrutad las luces distantes,
prestad oído al lejano tronar:
son nuestras templadas reservas que avanzan.
¡Rataplán-plán-plán!
¡Rataplán-plán-plán!
Avanzan, avanzan, avanzan, avanzan,
unidas en cadenas de eslabones de hierro,
pasos marciales avanzan imponentes.
Avanzan imponentes,
avanzan,
avanzan
sobre el último reducto mundial...

1922

NADIE SABÍA

(22 de abril de 1870)

Era un día como tantos otros, natural y corriente,
envuelto en una bruma gris.
Severa sonaba la voz potente
del guardia en la esquina.
En la catedral, el arcipreste oficiaba
orgulloso del brillo del solideo.

Por la puerta de la taberna,
desde el amanecer, iban y venían los borrachos.
En el mercado se insultaban las vendedoras,
zumbando como moscas en torno a la miel,
y las burguesas se alborotaban, sin despegar la vista de
[las piezas de tela,
entre los puestos donde se vende el percal.
Un mujik miraba con muda tristeza
la puerta de una oficina
frente a un fragmento del "manifiesto",
que amarilleaba sobre un tablero descolorido.
En la atalaya el bombero daba vueltas
como una fiera encadenada,
y los soldados, bajo una granizada de blasfemias,
cumplían órdenes a campo abierto.
Una hilera de carretas reptaba hacia el río.
Los cargadores enharinados se desplazaban de un lado
[a otro.
Unos gendarmes conducían
bajo custodia a un estudiante andrajoso.
Un obrero con sus copas en el estómago
chillaba
"¡Pobre estudiante, que te vaya bien!"
... ...
Nadie tenía idea, nadie
en toda Rusia, cargada con su cruz milenaria,
sabía que en un día tan corriente como ese
en Rusia... había nacido Lenin.

22 de abril de 1927

Versiones de Nicanor Parra

ALEXANDER BLOK
(1880-1921)

LOS DOCE

1

Véspero negro.
Blanca nieve.
¡Viento, viento!
Un hombre no puede de pie sostenerse.
¡Viento, viento
que va por el mundo de Dios todo entero!
Remolina el viento
la blanca nieve.
Hay hielo debajo de la nieve leve.
Resbalón. Un grito.
Quien a andar se atreve
resbala en la calle... ¡Ay, qué pobrecito!
Entre dos casas frente a frente,
tendido hay un cordel;
en el cordel, un cartel:
"¡Todo el poder para las Constituyentes!"
Lagrimea una vieja y no replica.
No comprende lo que eso significa.

¿Para qué tan gran cartel?
¡Qué enorme tela!
¡Cuántos peales se puede hacer con él!
Y los pies a los niños se les hielan...
La vieja, asustadísima,
cruza un montón de nieve cual gallina que acecha.
—¡Ay, Virgen Santísima!
—¡Ay, esos bolcheviques al ataúd nos echan!
Viento que corta como dalles.
Frío al compás de todo aquello.
Un burgués en cruce de calles,
mete la nariz en el cuello.
¿Y quién es éste? Melenas largas.
Su voz se aletarga:
—¡Traidores! ¡Qué horror!
—¡Ha muerto Rusia, sin decoro!
Probablemente un escritor,
un pico de oro.
Y he aquí, un hombre que de faldas viste,
se esconde en la nieve que le hace de tope.
¿Por qué hoy estás triste,
camarada pope?
¿Te acuerdas cómo antes
ibas con la panza como adelantada,
y, la cruz encima, se hacía brillante
la panza abultada?
Una dama con astracán caracolado
se acerca a otra, apenada.
—Cuánto hemos llorado, llorado...
Se cae resbalada,
y —¡pum!— se queda tumbada.
¡Ay! ¡Ay!

Dadle la mano, ¡caray!
El alegre viento
se alegra cruel.
Mueve el faldamento,
siega al que transita.
Rasga, estruja, agita
ese gran cartel:
"¡Todo el poder para las Constituyentes!"
y estas frases grita:
También se reunieron nuestras gentes...
en el local de enfrente...
Discutimos,
resolvimos:
Por un rato, diez rublos; por dormida, veinte pedir.
Y de nadie menos recibir...
... Vamos a dormir...

La tarde cayendo.
La gente se acoge.
Sólo un vagabundo
los hombros encoge.
Silbidos del viento...
—¡Eh, pobretón, trotamundo!
Ven a mi casa,
nos abrazaremos...
¡Pan!
¿Qué espera el que se atrasa?
¡Pasa!
Negros, negros los cielos están.
Rabia, triste rabia, enojos.
El pecho se abrasa.
Rabia negra, santa rabia, enojos.

¡Camarada, vigila sin tasa
con los cuatro ojos!

2

Pasea el viento, la nieve vuela.
Los doce hombres marchan en vela.
Negras correas de los fusiles,
y en torno a ellos hay luces miles.
Entre los dientes, un cigarrillo;
marca merecen llevar los pillos.
Libertad, libertad.
¡Ay, ay, sin cruz al pecho van!
¡Tra-ta-ta!
¡Frío hace, camarada, frío ya!
—Con Katka está Vañka en un tabernucho.
—Dinero en la media lleva en un cartucho.
—Vaniushka ya es rico, lo había soñado,
—¡Era de los nuestros, se ha hecho ahora soldado.
—¡Ay, Vañka, burgués, ay, hijo de perra,
si a mi Katka besas, el golpe no yerra!
Libertad, libertad.
¡Ay, ay, sin cruz al pecho van!
Katka con Vañka ocupada está
¡En qué mi querida ocupada estará!...
¡Tra-ta-ta!
Y alrededor hay luces miles...
En los hombros, correas de fusiles...
¡Más fuerte tu paso revolucionario,
que está el enemigo cerca y temerario!
Sostén, camarada, tu fusil sin miedo.

A la Santa Rusia una bala lancemos,
a la del pasado,
a la de las isbas, a esa que llamamos
del trasero pesado.
¡Ay, ay, sin cruz al pecho van!

3

Así se fueron nuestros muchachos
a servir en la guardia roja,
a servir en la guardia roja,
y perder sus cabezas locas.
¡Ay, tú, pena en cadena,
dulce vida que saco;
desgarrada guerrera,
fusil austriaco!
Para que los burgueses puedan todos penar,
el fuego del mundo vamos a soplar,
incendio del mundo que en sangre nació.
¡Danos, Señor, tu bendición!

4

Remolinos de nieve, grita el cochero,
Vañka con Katka vuela en trineo.
Y llevan los varales
farolillo eléctrico.
¡Eh, arre, arre!
Lleva un capotito roto de soldado,
su cara es de tonto, tonto redomado.

Se atusa, se atusa su negro bigote;
se atusa y recrea,
bromea.
He aquí a Vañka, el de hombros de carga.
He aquí a Vañka, el de charlas largas,
Abraza a su Katka, la muy pasmadota,
la engaña...
Ella la cabeza hacia atrás va a ponerla,
y sus dientecillos brillan como perlas...
¡Ay, Katia, Katia mía,
caragordita!

5

Todavía en tu cuello, Katia,
tienes de una navaja el cuño.
Debajo de tu pecho, Katia,
aún reciente tienes un rasguño.
¡Ea, ea, baila bien!
¡Qué bonitos son tus pies!
Ropitas de encaje llevabas:
¡llévalas ahora que yo te vea!
Con oficiales pendoneabas;
¡pendonea ahora, pendonea!
¡Ea, ea, pendonea!
De sobresalto, el corazón voltea.
¿Te acuerdas del oficial aquél?
Nada hubo que le salvara...
¿No te acuerdas, mala peste, de él?
¿O no está tu memoria clara?
¡Ea, ea, hazla más clara!

¡Acuéstate con él, juntad la cara!
Llevabas polainas y aretes,
zampabas chocolate afamado.
Ibas a pasear con los cadetes.
¿Ahora paseas con los soldados?
¡Ea, ea, peca sin calma,
será un alivio para tu alma!

6

... Volando, se acerca el cochero en la delantera.
Vuela, aúlla, vocifera...
¡Alto! ¡Alto! Andruja, ayuda, no te borres.
¡Por detrás, Petruja, corre!
¡Tra-ta-ta-ta-ta!...
Polvillo de nieve hacia el cielo va.
Vañka quiere escapar con el cochero...
¡Alza una vez más tu gatillo ligero!...
¡Tra-ta-ta-ta! Te vamos a enseñar nosotros
a qué conduce juerguearse con la chica de otros...
¡Se escapó el canalla! Ya verás, te digo,
cómo mañana acabaré contigo.
¿Dónde está Katia? Muerta, muerta la ha dejado.
¡Su cabeza una bala ha atravesado!
¿Contenta, Katia? ¡Chit, chit, nada se mueve!...
¡Queda como carroña, aquí, sobre la nieve!...
¡Más fuerte tu paso revolucionario,
que está el enemigo cerca y temerario!

7

De nuevo van los doce.
Sobre los hombros llevan fusilitos.
Y sólo al asesino desgraciado
no se le ve la cara de contrito.
Más rápido el resuello,
los pasos acelera al alejarse.
Un pañuelo se lía por el cuello.
No puede sosegarse.
—¿Por qué estas, camarada, así afligido?
—¿Por qué, amiguito, el miedo te condena?
—¿Por qué, Petruja, andas alicaído?
—¿Es que Katka te da lástima o pena?
—¡Mis buenos camaradas de estas horas!
Yo a esta chica quería...
Noches embriagadoras
he pasado con ella en otros días...
Por la fuerza arrogante de sus ojos
como de fuego hechos;
por aquel lunar rojo
junto a su hombro derecho,
yo he matado, hombre flojo;
la perdí en un instante de despecho;
—¡Cómo nos da la lata este maldito!
¿Es que tú, Petia, eres una mujer?
—¿Es que quieres sacar tu alma en un grito
para dejarla ver?
—¡Tu fachenda mantén de soldadito!
—¡Y dominarte, eso debes hacer!
—¡No, no es ésta, hora
de mimos de niñera,

¡Acuéstate con él, juntad la cara!
Llevabas polainas y aretes,
zampabas chocolate afamado.
Ibas a pasear con los cadetes.
¿Ahora paseas con los soldados?
¡Ea, ea, peca sin calma,
será un alivio para tu alma!

6

... Volando, se acerca el cochero en la delantera.
Vuela, aúlla, vocifera...
¡Alto! ¡Alto! Andruja, ayuda, no te borres.
¡Por detrás, Petruja, corre!
¡Tra-ta-ta-ta-ta!...
Polvillo de nieve hacia el cielo va.
Vañka quiere escapar con el cochero...
¡Alza una vez más tu gatillo ligero!...
¡Tra-ta-ta-ta! Te vamos a enseñar nosotros
a qué conduce juerguearse con la chica de otros...
¡Se escapó el canalla! Ya verás, te digo,
cómo mañana acabaré contigo.
¿Dónde está Katia? Muerta, muerta la ha dejado.
¡Su cabeza una bala ha atravesado!
¿Contenta, Katia? ¡Chit, chit, nada se mueve!...
¡Queda como carroña, aquí, sobre la nieve!...
¡Más fuerte tu paso revolucionario,
que está el enemigo cerca y temerario!

7

De nuevo van los doce.
Sobre los hombros llevan fusilitos.
Y sólo al asesino desgraciado
no se le ve la cara de contrito.
Más rápido el resuello,
los pasos acelera al alejarse.
Un pañuelo se lía por el cuello.
No puede sosegarse.
—¿Por qué estas, camarada, así afligido?
—¿Por qué, amiguito, el miedo te condena?
—¿Por qué, Petruja, andas alicaído?
—¿Es que Katka te da lástima o pena?
—¡Mis buenos camaradas de estas horas!
Yo a esta chica quería...
Noches embriagadoras
he pasado con ella en otros días...
Por la fuerza arrogante de sus ojos
como de fuego hechos;
por aquel lunar rojo
junto a su hombro derecho,
yo he matado, hombre flojo;
la perdí en un instante de despecho;
—¡Cómo nos da la lata este maldito!
¿Es que tú, Petia, eres una mujer?
—¿Es que quieres sacar tu alma en un grito
para dejarla ver?
—¡Tu fachenda mantén de soldadito!
—¡Y dominarte, eso debes hacer!
—¡No, no es ésta, hora
de mimos de niñera,

porque una carga ahora
más grande, camarada, nos espera!
Y ya Petruja lleva
más lentos sus pasos...
La cabecita eleva,
y de nuevo se alegra...
¡Ea, ea,
no es pecado mortal si se juerguea!
¡Cerrad las casas,
que hoy habrá saqueos sin tasa!
¡Abrid las bodegas,
hoy juerguea la gente andariega!

8

¡Ay, tú, pena en cadena,
asco tenebroso
de muerte!
¡Oh, qué bien el tiempecito
pasaré, pasaré yo!...
¡Oh, qué bien la coronilla
me rascaré, me rascaré yo!...
¡Oh, qué bien del girasol la cascarilla
escupiré, escupiré yo!...
¡Oh, qué bien con la navaja
rasgaré, rasgaré yo!...
¡Vuela tú, burgués, como un gorrioncito!
Beberé sangrecita,
por esa amiguita
de cejas negritas...
Requies cant in pace, al alma, Señor, de tu sierva...
¡Qué asco!

9

No se oye ruido alguno en la ciudad.
Sobre el Nevá un silencio grave advino.
Ningún guardia hay ya.
¡Juergueaos, muchachos, y sin vino!
En un cruce de calle está el burgués;
su nariz en el cuello ha escondido.
Un perro se le mete entre los pies,
sarnoso, sucio, con el rabo caído.
El burgués, indeciso y silencioso,
igual que el perro hambriento allí se está,
y el viejo mundo, como perro sarnoso,
con el rabo caído está detrás.

10

La nevisca se pone furiosa.
¡Ay, tú, nevisca, nevisca!
A cuatro pasos no se ven las cosas,
se hacen ariscas.
La nieve gira en forma de garganta.
La nieve en columnita se levanta.
—¡Oh, Dios mío, qué fuerte es la nevasca!
—¡Petka, en qué tonterías te atascas!
¿De qué te ha salvado
el altar dorado?
Qué poco sentido también;
piensa, míralo bien,
¿es que sangre no tienes en las manos frías
por amor que tú a Katka tenías?

¡Más firme tu paso revolucionario,
que está el enemigo cerca y temerario!
¡Adelante, adelante, adelante el fragor,
pueblo trabajador!

11

... Y sin Dios ni santos, de este modo,
los doce alejan sus pisadas.
Dispuestos están para todo,
no tienen lástima de nada...
Van sus fusilitos de acero
contra enemigos que no ves,
por callejas sin derrotero
donde la nieve cae al través,
y en hoyos de plumón ligero
no se pueden sacar los pies...
Les cubre de abrigo
la bandera roja.
Sus pasos amigos
producen congoja,
que ya el enemigo
despierta y se arroja.
Y la nieve en los ojos caía
noches y días,
sin interrupción...
¡Adelante, adelante el fragor,
pueblo trabajador!

12

... Y van adelante con seguro paso...
—¿Hay alguien ahí? ¡Que se nos presente!
No, sólo es el viento que juega en el raso
de la roja enseña que les da en la frente...
Delante se eleva un montón de nieve.
—¿Hay alguien en él? ¡Que se nos presente!
Sólo un can mendigo y hambriento se atreve
a ir, renqueando, detrás de la gente...
—Detrás no nos sigas, perrito sarnoso,
con la bayoneta reír voy a hacerte.
¡Y tú, viejo mundo, perrazo piojoso,
húndete, o yo mismo voy a deshacerte!
... Enseña los dientes como lobo hambriento;
no quiere dejarnos, el rabo caído,
perro vagabundo, perro friolento.
—¡Eh, responde pronto! ¿Quién va? ¿Lo has oído?
—¿Quién mueve delante la bandera roja?
—Mira entre las sombras, seguro alguien pasa.
—¿Quién va que los pasos, al cruzar, afloja
y quiere ocultarse detrás de las casas?
—Da igual lo que haya, que voy a atraparlo.
—Mejor que te rindas, ya veremos luego.
—¡Eh, eh, camarada, mal vas a pasarlo;
sal o comenzamos contra ti a hacer fuego!
¡Tra-ta-ta-ta-ta! Sólo, sólo el eco
resuena en las casas y ligero va...
Sólo la tormenta con aullido seco
por entre la nieve, carcajadas da.
¡Tra-ta-ta-ta,
tra-ta-ta-ta!...

Con paso seguro así van sin congoja.
Siguiendo sus huellas, un perrazo listo.
Y delante de ellos con bandera roja,
invisible en nieve de albores de alas,
inmune a las balas,
andando en el aire con un paso leve,
llevando un tesoro de perlas de nieve,
corona de rosas, que jamás se ha visto,
delante de ellos, marcha Jesucristo...

Enero, 1918

Versión de Fiódor Kelin
y César M. Arconada

ANNA AJMÁTOVA
(1888-1966)

SEGURAMENTE MUCHAS COSAS...

Seguramente muchas cosas
buscan ser cantadas por mí:
lo que retumba sin palabras,
lo que afila la piedra en lo oscuro,
lo que a través del humo irrumpe.
Mis cuentas aún no tengo hechas
con el fuego, el viento y el agua;
así sucede que en mis sueños,
de pronto, se abren anchas puertas
ordenándome que siga el rastro
de la estrella de la mañana.

JURAMENTO

Por aquella que hoy de su amor se despide,
por la que su dolor en fuerza ha convertido,
juramos a los niños, juramos a las tumbas:
¡Nadie podrá doblarnos!

VALOR

Sabemos bien que entramos en el juego
y que esto ocurre hoy día.
Marca nuestro reloj la hora valiente
y el valor no podrá más alejarse.
Morir bajo las balas ya no asusta
ni ya lloramos por perder la casa.
Pero te guardaremos, lengua rusa,
alta palabra rusa.
Así te llevaremos pura y libre
a entregarte a los nietos
para todos los siglos de los siglos
de todo cautiverio rescatada.

CINCO AÑOS HAN PASADO

Cinco años han pasado, mi país,
libre de las heridas de la guerra,
llena los valles florecidos
con un fresco silencio.
Ya relucen los faros en la noche marina,
mostrando los caminos a la gente de mar,
y el marinero mira desde lejos
las pupilas que brillan en lo oscuro.
Donde zumbaba el tanque, está el tractor pacífico,
donde estalló el incendio, hay un jardín florido
y por la carretera comida de metralla
corren autos veloces.

PUSHKIN

¿Quién, quién puede saber lo que es la gloria?
¿Y con qué precio se compró el derecho,
la posibilidad o la fortuna
de burlarse de todo finamente,
con tan sabia manera misteriosa
de llamar a un pie solo piececito?

EL JARDÍN DE VERANO

Quiero ir allá, donde la rosa crece, al jardín único
cercado por las rejas más bellas de la tierra,
en donde las estatuas mi juventud recuerdan
como yo las recuerdo bajo el agua del Nevá.
En el amplio silencio, entre los grandes tilos,
aún me parece oír el crujir de los mástiles.
Y el cisne boga siempre a través de los siglos,
asombrado de ver su doble en el reflejo.
Duermen su sueño eterno cientos, miles de pasos
de amigos, de enemigos, de enemigos, de amigos...
y jamás se concluye el desfile de sombras.
Desde el jarrón de piedra hasta las áureas puertas,
allá es donde murmuran mis dulces noches blancas
acerca del secreto de amor que alguien me tuvo...
Y todo tiene el brillo del nácar y del jaspe
mientras la fuente guarda su luz calladamente.

Versiones de Rafael Alberti
y María Teresa León

NIKOLÁI ASÉIEV
(1889-1963)

HÚSARES AZULES

Hiere la helada
como fuerte garra.
Vuela el trineo
por el Fontanka.
Su huella en la nieve
va trillando rayas.
¿De quién esa risa?
¿De quién esa voz?
"Con mi propia mano
en el corazón,
te lo digo yo:
No toques la espada.
Frente a tal peligro,
si no es a ti mismo,
a otros salvaguarda."

Con los cascos blancos
golpeando en el hielo,
sombras por Litieini
vuelan a lo lejos.

"Y yo te respondo,
mi querido amigo:
No temo la muerte
en tenso patíbulo.
Mortal y oprobioso
en esta esclavitud
es bajar la cabeza
y así envejecer.
Hora es que unamos
sables con los sables.
Mi corazón
está enamorado
de la libertad."

Labios encarnados
y pipas labradas.
Húsares azules,
¡probad el destino!
Helos indomables,
helos inmortales
otra vez reunidos
en la habitación.
Guerreras abiertas
en noche profunda:
"Sírvanme una copa
repleta de vino.
Vertemos, bebemos
y nos despejamos:
Por la Hermandad Sureña,
por los jóvenes hermanos."

Sordas las guitarras,
altas las palabras...

¿Qué guardar entre ellos?
¿A quiénes temer?
Cual espuma en copas
hierve su pasión:
Se lee "Gitanos" *
por primera vez.
Por Litieini vuelven
las sombras volando.
Ceños rigurosos
bajo las viseras
miran los palacios.
Terminó el encuentro,
¡arre los caballos!

¿Qué es esa,
qué es esa,
qué es esa canción?
Bajad la cabeza.
Las tenues guitarras
que temblando callen:
Húsares azules
en la nieve yacen.

1927

Traducción de Elva Macías

---

* Obra de Pushkin

MIS VERSOS ...

Mis versos son de menta y ajenjo,
tienen la frescura y el calor de la estepa.
Es amargo el ajenjo, pero la menta cura las penas;
doble juego, de calor y frío,
de pares y nones.

No es el hombre quien este juego elige.
Juega el universo.
Mis versos son como el curso
de las estaciones del año.

Versión de Vicente Arana

¿QUÉ ES LA FELICIDAD?

¿Qué es la felicidad? Es tomar parte
en las nobles acciones de los hombres,
en la pasión ardiente, compartida,
en el cálido trigo cosechado.
¿Mas la dicha reside sólo en eso?
Para nosotros, hijos de la época,
que la naturaleza dominamos,
¿no está en los espaciales vuelos hacia otros mundos?
Sin pago o recompensa, muchedumbre
de soles, levantaos y alumbrad,
abríos a nosotros, cámaras estelares,
tendeos, vías lácteas.

Y cambiando de era
para no unir la dicha a la amargura,
putrefacción y muerte superando,
un eterno frescor respiraremos.
Al regresar del viaje por las constelaciones,
besaremos con lágrimas la tierra, nuestra madre,
y nos traerán mensajes y noticias
de la profundidad sinfín del Universo.
Tal es la dicha que está a nuestros alcances:
llevar a los espacios la luz de la razón
para que el mundo sea vivo, joven,
y no sombras de horror en el vacío.

Versión de César M. Arconada

VERA INBER
(1890)

NUESTRA VIDA

Mi querido caballito,
mi generoso Pegaso,
que siempre tan diligente
acudes cuando te llamo.

Desgracia si así no fuera,
pues tendría que ir andando.
Sólo rarísimas veces
sueles decir por lo bajo:

"Espera, dueñita mía,
vamos a hacer un descanso,
que la pesada montura
el pecho me ha fatigado.

Si no, confundo el camino
y no sé a qué sitio salgo.
Al trepar por cuestas pinas
los cascos me he lastimado."

Entrañable amigo mío,
mi fiel, mi noble Pegaso,
no hay valladar en el mundo
que no puedas remontarlo.

Tu velocidad notoria
ejemplo es de caballos.
Venga, probemos de nuevo
a saltar aquel obstáculo...

Pero hay que pensar, amigo
—queramos o no queramos—,
que llegará al fin el día
del retiro y el descanso.

Dejando el modesto albergue
y nuestros humildes bártulos,
salvaremos la hoya última,
el último gran peñasco.

Cruzaremos la meseta,
rica de ríos y prados,
y allí podremos vivir
de sosiego saturados.

Es un hermoso paisaje,
refugio de los cansados.

Viviremos sin premuras,
el alma sin sobresaltos.

Te molestaré muy poco,
para pasear un rato.

Pero del fondo del bosque,
a nuestro albergue ha llegado
un sonido, una llamada,
y tú en seguida a mi lado.

"De prisa, dueñita. El sol
se pone. El camino es largo.

Tenemos que ir al galope."
Y otra vez, como en los años
mozos, a saltar barreras.

Nos ilumina el ocaso
con ambarinos destellos...

En tanto, mi fiel Pegaso,
arda esta luz vespertina,
no sabremos del descanso,
inseparables seremos.

Otra vez el mismo atajo,
otra vez el mismo albergue,
de alegrías harto escaso.
Y así hasta que la tumba
nos acoja en su regazo.

Versión de José Santacreu

VLADÍMIR KIRÍLLOV
(1890-1943)

ESCUCHÉ ESTA CANCIÓN...

Escuché esta canción de cercanos
y dichosos siglos
en las grandes ciudades de loco ejetreo
y rostro encendido.

Escuché esta canción de felices
días venideros
en el ruido fabril, el rumor de poleas
y gritos de acero.

Vi forjar el acero de oro
a mi camarada
y en ese instante adiviné los bellos
rasgos de la Aurora Cercana.

Supe que la sabiduría del mundo
estaba concentrada en el martillo,
en la mano segura, tenaz
y hábil de mi amigo.

Cuanto más fuerte el golpe del martillo
forjando el metal,

tanto más brillará en las tinieblas
la felicidad.

Van millones de voces en la canción
que para mí suena,
millones de herreros audaces la cantan
con ropa azul-marino de faena.

Reto altivo lanzado al amargo destino
de esta canción,
poderosa llamada a la lucha, a la vida
y al sol.

1917

Traducción de María Cánovas

BORÍS PASTERNAK
(1890-1960)

LA SUSTITUTA

Me acompaña tu risa prendida en el retrato
donde te descoyuntas crujiendo las muñecas,
y se quiebran tus dedos con la mueca más triste
cuando vienen amigos a invadir tu salón.
Entre el ruido de naipes y las fanfarronadas
de Rakoczy, las copas, los hombres, los espejos,
eres tú recorriendo las teclas, encendida,
despreciando los juegos, la rosa, por el vals
al que en broma te entregas, nuevamente saltando,
derramado el cabello, graciosa en la cintura
la flor del amarillo, desfallecida casi,
y el echarpe mordido lo mismo que el dolor;
corriendo tras el leve frescor de una naranja,
la corteza en la mano con un gesto nervioso,
presurosa volviendo a la sala reluciente
donde, tras la cortina, se desvanece el vals.

1917

SI HUBIERA YO SABIDO...

Si hubiera yo sabido lo que pasa
la vez primera que volqué mi pecho:
que del verso de sangre brota sangre;
que puede estrangularte el sentimiento,
la verdad es que habría renunciado
de antemano a quemarme en ese fuego.
¡Pero fue tan pequeño el primer soplo...
la meta parecía estar tan lejos...!
Mas al igual que la indolente Roma
suelen portarse la vejez y el verso:
la muerte, no palabras los aplaca;
sacrificios exigen, no su gesto.
Que cuando —gladiador que va a la arena—
se desborda el torrente del aliento,
lo abandona el artista, y es juguete
del destino, la túnica del tiempo.

1932

EL VENCEDOR

¿Os acordáis del hielo en la garganta
cuando el tropel de la barbarie ciega
desbordó su estridencia en nuestro suelo
sembrándolo de invierno sin promesas?
La razón opusimos como escudo
contra el cual no hay ariete que no ceda.
¡Cómo venció al destino Leningrado!
¡Qué reluciente roca de firmeza!

Y cuando, en la escalada de su hazaña,
rompió el anillo que oprimió sus piedras,
¡con qué asombrado grito de entusiasmo
se derramó el aplauso sin fronteras!
¡Oh qué inmensa la gloria de ese nombre
donde culmina el sol de la leyenda!
Cuanto fuera imposible, Leningrado
lo realizó en el cielo y en la tierra.

1944

JULIO

Hay un fantasma dentro de mi casa:
durante todo el día se oyen pasos;
sombras mueven su cuerpo en la buhardilla...
Hay un duende escondido en un rincón.
Ronda por todas partes a deshora;
se mete donde no le llama nadie;
enfundado en su sábana, se acerca
y, de improviso, tira del mantel.
Sin siquiera limpiarse en el felpudo,
llega alocadamente, en torbellino,
y a la cortina toma por pareja
subiéndole las faldas al bailar.
¿Sabéis quién es el pícaro granuja
de tan curioso espíritu travieso?
Se trata del vecino entrometido
que ha venido a la *dacha* por un mes.
Para su breve tiempo de reposo,
le entregamos las llaves de la casa:
la borrasca de julio, el airecillo
de julio es nuestro huésped singular.

Julio, que cuando llega trae pelusa
de diente de león y de bardana;
que nos mete su luz por los balcones
y que todo lo charla en alta voz.
Desaliñado mujik de la estepa
que nos trae la presencia de los tilos
y la hierba olorosa, suave julio
que mete todo el campo en nuestro hogar.

1956

HASTA LA ESENCIA MISMA DE LAS COSAS...

Hasta la esencia misma de las cosas
llegar quisiera:
en el trabajo, caminando a tientas,
o en la embriaguez confusa del amor.
Hasta el porqué del tiempo ya pasado,
la savia que alimenta sus raíces...
la luz de sus orígenes,
hasta el soplo que enciende el corazón,
sintiendo el suave tacto
del hilo de la vida, de los hechos
para meterme dentro, estar en ellos
y un mundo con mis manos alumbrar.
¡Ah si del soplo aquel estremecieran
mis dedos la caricia...!
Escribir en tal caso yo podría
de la virtud de un alma pasional;
de la injusticia, el cuenco de las manos,
de la caza del hombre,
de la sorpresa en que el azar se esconde,
del pecado diría su sabor;

su ley descubriría
descortezando el velo de su grano,
y entonces ya sabría el gesto mágico
con que apresar su voz.
Irguiendo su estatura, como tilos
temblorosos y firmes,
alineados por cientos o por miles,
cultivaría versos mi jardín:
versos con el aliento de la rosa,
la gracia de la menta,
de los juncos, el canto de la siega...
con la fuerza del trueno para herir.
Así sembró Chopin el misterioso
mensaje de los sotos, de las tumbas,
de los campos polacos en su música
transida de dolor...
Que si tenemos preparado el arco,
tirante cada vena, alcanzaremos
con nuestra flecha el premio
por cuyo fruto apuesta el corazón.

1956

Versiones de Carlos Alvarez

OSIP MANDELSHTAM
(1892-1943)

UN DECEMBRISTA

— Así lo atestigua el senado:
¡experiencias como éstas nunca pueden morir!
Encendió la pipa y se envolvió en su abrigo
mientras jugaban al ajedrez en la penumbra.
Cambió su atónita ambición por una humilde
cabaña entre los bosques de Siberia,
la quebrantada pipa en los enfermos labios
que urdieron la verdad frente a un mundo ca-
[duco.
Se despertaba entonces la voz de los quejigos
y gemía sin tregua la ensombrecida Europa.
Negras cuadrigas desbocadas
corrían sobre los arcos de triunfo.
A veces, mientras ardía la llama azul del ponche,
entre el rumoroso vaho del samovar,
dialogaba en silencio con la amiga renana,
esa guitarra fiel para cantar la libertad.
— ¡Todavía estremecen tantos vivos clamores
la entraña pura de la civilización!
Pero las víctimas no buscan esperanzas ciegas:
sólo el trabajo y el tesón las guía.

Todo se confunde y, sin embargo, nadie
puede decir que todo, en una gradual indiferencia,
se confunde, mientras es dulce repetir:
Rusia, Leteo, Loreléi.

1917

TOMA DE MIS MANOS...

Toma de mis manos para tu alegría
este poco de sol y este poco de miel,
según nos enseñaron las abejas de Proserpina.

No puede desatarse un navío ya libre,
no puede oírse la sombra calzada de pieles,
no puede superarse el miedo a lo ignorado.

Unicamente nos quedan los besos,
aterciopelados roces como de abejas breves
que expiran al huir de la colmena.

Vibran en la transparencia selvática de la noche,
tienen por patria el intocable bosque de Taigeto,
se nutren de tiempo, de heliotropo y de menta.

Toma para tu alegría esta pasajera ofrenda
pobre collar de abejas moribundas
que transforman la miel en sol diario.

1920

COMO TANTOS OTROS...

Como tantos otros, quiero
ponerme a tu servicio,
embriagarte con estos labios míos
que la aridez de los celos agrieta.

La palabra no sacia
la sequedad ardiente de mi boca,
y sin ti, una vez más,
se deshabita el soñoliento aire.

Los celos ya son sombras,
pero tu luz me llama
y voy hacia ti lo mismo
que el reo hacia el tormento.
Ni amor ni felicidad
puedo darte por nombre:
han cambiado mi sangre
por otra más violenta.

Sólo un instante más
y le diré al vacío
que no es sino dolor
cuanto de ti me llega.
Lo mismo que una culpa
me atenazas y hacia ti me atrae
tu delicada boca de cereza,
arrebatada de última dulzura.

Vuelve donde te espero, tengo
miedo si tú me faltas.
Nunca te he deseado
como ahora, y todos mis deseos
revierten luego en realidades.
Los celos ya son sombras,
pero tu luz me llama.

1920

Versiones de J. M. Caballero Bonald

MARINA TSVETÁEVA
(1892-1941)

AL QUE NUNCA SEMBRÓ...

Al que nunca sembró
lo maldice la tierra.
El que nunca sembró
será polvo, no tierra.
... Mi mano no sembró.

26 de agosto de 1918

A MAIAKOVSKI

Con fuego y humo en la cara
como un arcángel de paso
firme sobre las techumbres,
¡salud, Vladímir hermano!
Eres caballo y jinete,
aire suave y viento airado...
"Pesada carga la gloria"
... y escupes luego en tu mano.
Cantor de hazañas del pueblo,
orgulloso y desastrado,
te canto a ti, que pusiste
sobre el diamante el peñasco.

¡Salud, tormenta de piedra!
... Y, con un disimulado
bostezo, vuelves al vuelo
de arcángel de firme paso.

18 de septiembre de 1921

CONATO DE CELOS

¿Te va mejor con la otra?
Un simple golpe de remos,
y la isla —yo— borrada
lejos de la orilla, lejos.
¿Cómo se olvida la tierra
desde el mar, tú me olvidaste?
Vuestras almas, como hermanas
vivirán: no como amantes.
¿Te agrada más una moza
del montón que la elegida
del cielo? Destronaste,
como a tu reina, tu dicha.
¿Cómo se mueve y encoge?
Cuéntame cómo se afana.
¿Cómo vives, mequetrefe
vulgar, perdidas tus alas?
"Deja de hacer muecas tontas,
no interrumpas..." ¿Cómo puedes
vivir con una cualquiera
viento que no me estremeces?
¿Es un manjar más exquisito
que yo? Si ya no te gusta,
no te quejes. Profanaste
el Sinaí y tu ventura.

¿Cómo puede ser posible
que la del montón te guste?
¡Que te azote la vergüenza
como el látigo de Júpiter!
¿Cómo vives? ¿Te funcionan
bien la salud y las fuerzas?
¿Ni siquiera te remuerde,
mequetrefe, la conciencia?
¿Han subido los impuestos?
¿Te va bien en el mercado?
Ahora tienes escayola,
tú, que moldeaste el mármol
de Carrara (igual que Dios
fue de roca y hoy es polvo...)
El que poseyó a Lilith,
¿sabe revolcarse en lodo?
¿Te gusta lo cotidiano?
Te aburriste de una ondina...
¿La piel vulgar de una moza
acaso es que más te excita?
¿De verdad no te arrepientes?
En esa sima sin fondo,
¿cómo se vive, querido?
¿Tal vez como yo con otro?

Versiones de Carlos Alvarez

VLADÍMIR MAIAKOVSKI
(1893-1930)

MARCHA A LA IZQUIERDA

A LOS MARINOS

¡Desplegad la marcha!
No es hora de frases altisonantes.
¡Silencio, oradores!
Tiene la palabra
el camarada máuser.
Basta de vivir con leyes
legadas por Adán y Eva.
¡Empujemos al jamelgo de la historia!
¡Izquierda!
¡Izquierda!
¡Izquierda!

¡Eh, blusas azules!
¡Cruzad los océanos!

Por el hombre,
por este mar de lágrimas,
imprime tu gigantesco paso de millones.
Deja que nos cerquen los bandidos mercenarios,
como lava de acero se desparraman.

Rusia no será vendida por los Aliados.
¡Izquierda!
¡Izquierda!
¡Izquierda!

¿Es que se apaga el ojo del águila?
¿Es que intentan retroceder al pasado?
¡Aprietan
en la garganta del mundo
los dedos del proletariado!
¡Adelante, pechos bravos!
¿O es que los acorazados
tienen ya chatas las quillas?
Dejad que las coronas protesten
y se alce el rugido del León Británico.
La comuna no será sometida.
¡Izquierda!
¡Izquierda!
¡Izquierda!

Allá,
detras de las montañas,
arde una comarca resplandeciente de sol.
¡Embanderad el cielo!
¿Quién marcha por ahí a la derecha?
¡Izquierda!
¡Izquierda!
¡Izquierda!

Traducción de Lila Guerrero

CONVERSACIÓN CON LENIN

Con tropel de asuntos
y maraña de hechos,
el día poco a poco
a la sombra se fue.

Dos en la habitación,
yo
y Lenin:
fotografía
en la blanca pared.

La boca
en tensión de discurso,
los bigotes
se adelantan
enhiestos;
en las arrugas de la frente
se condensa
el pensamiento humano,
en inmensa frente,
inmenso pensamiento.

Es seguro,
ante Lenin
desfilan miles de personas...
Bosques de banderas,
hierbazal de brazos...
Me alzo de la silla
con radiante júbilo.
¡Quisiera uno
ir, saludar, informar!

"Camarada Lenin,
le informo,
no por deber, sí por afán del alma.

Camarada Lenin,
un trabajo infernal
se está realizando,
se realiza ya.

Damos la luz,
vestimos a pobres y desnudos,
crece
la extracción
de carbón y mineral.

Y a la vez,
junto a esto,
cuánta,
cuánta
hez
y cuánta necedad.

Te cansas
de defenderte,
de andar a dentelladas.

Muchos
sin usted
de la mano se fueron.

Cuántos
infames
de todas las calañas
andan por nuestra tierra
y en torno a nuestro suelo.

No se puede
ni contar los que son
ni motejarlos.

Toda una cadena
de tipos
se extiende.

Kulaks y burócratas,
adulones,
sectarios
y borrachos
van, orgullosos,
el pecho abombado,
con estilográficas
e insignias a montones.

Nosotros,
a todos,
sin duda, los aplastaremos.
Mas aplastar
a todos
es siempre difícil.

¡Camarada Lenin,
en las humeantes fábricas,
en la tierra
cubierta
de nieves
y de trigos,
camarada,
con vuestro
corazón
y vuestro nombre

pensamos,
respiramos,
luchamos
y vivimos!"

Con tropel de asuntos
y maraña de hechos,
el día poco a poco
a la sombra se fue.

Dos en la habitación,
yo
y Lenin:
fotografía
en la blanca pared.

1929

Versión de César M. Arconada

A PLENA VOZ

¡Respetables
camaradas venideros!

Registrando
la porquería petrificada
de hoy,
estudiando
las tinieblas de nuestros días,
vosotros,
probablemente,
preguntaréis también por mí.

Y probablemente
dirá
vuestro profesor,
encubriendo en erudición
el enjambre de las cuestiones,
que vivía una vez uno
que cantaba al agua hervida
y era enemigo encarnizado de la cruda.

¡Profesor,
quítese las gafas-bicicleta!

Yo mismo hablaré
sobre el tiempo
y sobre mí.

Yo, portador de boñigas
y aguador,
por la revolución
movilizado, llamado,
fui al frente
desde los jardines señoriales
de la poesía,
mujerona caprichosa.

Ella hizo un agradable jardincito
—la hijita,
la casita,
la fuente,
el palomar—.

"Yo misma hice mi jardincito amable,
yo misma lo voy a regar."

Algunos echan los versos con regadera,
otros los pulverizan, escupiéndolos,
pien peinados,
bien rizados,
¡quién diablos puede entenderlos!
Para esta canalla no hay cuarentena,
mandolinean detrás de la pared:
"Tarantena, tarantena,
te-en..."
No sería un gran honor
si entre tales rosas
se irguiesen mis estatuas
en bulevares
donde tose la tuberculosis,
donde pasea la... con el bandido
y la sífilis.

Yo también,
de propaganda
harto estoy ya
y bien sería para mí
garrapatear
romances para vosotros.

Sería más productivo
y más agradable.

Pero yo mismo
me contuve
poniendo el pie
en la garganta
de mi propia canción.

¡Oíd,
camaradas venideros,
al propagandista,
al vocinglero-jefe!
Acallando el rumor
de los torrentes de la poesía,
pasaré por encima
de los tomitos líricos,
como vivo
hablando con los vivos.

Yo
llegaré hasta vosotros,
a la comunista lejanía,
no como
el lírico héroe al estilo de Esenin.

Mi verso llegará
a través del lomo de los siglos
y a través de las cabezas
de los poetas y gobiernos.

Mi verso llegará,
pero nunca del modo
cual la flecha
llega en la cacería de liras y de amores,
nunca como llega
al numismático la borrosa moneda,
o como la luz de las estrellas muertas.

Mi verso
de trabajo,
la mole romperá de los años

y llegará,
denso,
rudo,
visible,
igual que a nuestros días
llegó el acueducto
hecho
ya por los siervos de Roma.

En los túmulos de los libros,
donde el verso está enterrado,
cuando encontréis por azar los trozos de hierro de un
[verso
mío, vosotros,
con estima callada,
tocadlo
como una vieja
pero temible arma.

Yo,
el oído
con la palabra
no acostumbro a mimar.

La orejita de una muchacha
bajo un rizo de pelo,
no podrá sonrojarse con ellas,
cual si fuesen palabras algo obscenas.

Desplegando en desfile
los ejércitos de mis páginas,
yo paso por el frente de mis versos.

Firmes están
con pesadez de plomo,
prestos a morir
y prestos a la gloria inmortal.

Los poemas están inmóviles
apretando uno con otro los cañones
de los títulos apuntados
y prestos al disparo.

El arma preferida
—la caballería
de las agudezas—
presta está
a lanzarse al grito de ¡hurra!,
levantando de las rimas
las lanzas puntiagudas.

Y todos
estos ejércitos armados hasta los dientes,
que pasarán a través de veinte años de victorias,
te los entrego
yo, poeta,
hasta la última hoja,
a ti,
proletario
del planeta.

El enemigo
de la mole-clase obrera
es también mi encarnizado enemigo
desde hace mucho tiempo.

Abríamos de Marx
cada tomo
como en la casa
propia
los postigos;
pero sin libros,
nosotros comprendíamos
a qué bando ir
y en qué bando luchar.

Nosotros,
la dialéctica
aprendíamos no en Hegel;
en el fragor de los combates
ella irrumpía en el verso
cuando, bajo las balas,
los burgueses huían de nosotros,
como nosotros,
hace tiempo,
huíamos de ellos.

Dejad
que detrás de los genios,
como viuda inconsolable,
la gloria se arrastre
tras el cortejo fúnebre.

¡Muere tú, verso mío,
muere como el soldado de filas,
como nuestros soldados desconocidos
morían en los asaltos!
No me importa
el peso de muchas arrobas de bronce,

no me importa
el fango del mármol;
ya arreglaré mis cuentas con la gloria;
somos amigos íntimos.

Que nos sirva
de común monumento
el socialismo
construido en los combates.

¡Generaciones venideras,
comprobad los flotadores
de las cañas de pescar de los diccionarios!
Del Leteo
saldrán a flote
restos de palabras tales
como "prostitución",
"tuberculosis",
"bloqueo".
Para vosotros,
que sois sanos y ágiles,
el poeta lamía
los esputos de tisis
con la lengua áspera de los carteles.

En el fuego de los años,
yo me he de convertir en algo semejante
a los monstruos antediluvianos con cola.

¡Camarada vida,
vamos
a caminar más rápidos,

a caminar
sobre los años del quinquenio
el resto de nuestros días!
A mí,
ni siquiera un rublo
me han dado los versos.

Los ebanistas
no me enviaban los muebles a casa.

Y además
de la camisa bien lavada,
sinceramente digo,
no necesito nada.

Al llegar
al Comité Central
de los venideros,
luminosos años,
por encima de la banda
de especuladores y bandidos poéticos,
yo alzaré
como carnet del Partido Bolchevique,
todos los cien tomos
de mis
libros de Partido.

Traducción de Inna Tiniánova
y César M. Arconada

SERGUÉI ESENIN
(1895-1925)

EL AYER QUE DESAPARECE

Los que a Lenin seguimos tras el triunfo,
muchas cosas aún no comprendemos.
Cantamos canciones nuevas
al viejo modo,
como nos enseñaron los abuelos.
Amigos, amigos:
¡Qué escision en el país!
¡Cuánta tristeza en medio de tan jovial ardor!
¡Qué ganas tengo
de remangarme los pantalones
y echar a correr tras del Komsomol!
Yo no reprocho
a los que se separan por mi pena.
Los viejos, de los jóvenes se atrasan.
Los viejos, cual centeno sin segar,
se pudren de raíz y se desgranan.
No soy viejo ni joven.
Y el tiempo me condena a ser estiércol.
¿Será por ello
que las guitarras de las tabernas
me provocan dulce sueño?

¡Suena, suena,
bruja guitarra!
Canta, gitana,
hazme olvidar
aquellos días amargos
sin caricias ni afecto.
Con el Poder soviético
me siento ofendido
porque en mi juventud radiante
no me enseñó a ver
el ardor de otra gente en el combate.
¿Qué vi yo? Sólo batallas.
Y en lugar de canciones
oí sólo el estruendo de la guerra.
¿No será porque loco corría por el mundo
con mi amarillenta cabeza?
De todos modos soy feliz.
Entre multitud de tormentas
presencié hechos maravillosos.
Vistió el vértigo mi destino
con floreado paño de oro.
No soy un hombre nuevo.
¿Por qué ocultarlo?
Cuando intento alcanzar
a las huestes de acero,
me quedo con un pie en el pasado,
con el otro resbalo y caigo al suelo.
Pero hay otros hombres
más infelices y desconcertados.
Su incomprensión les impide
pasar por el tamiz
de la realidad en que viven.

Yo los conozco.
Triste mirada bovina
se asoma en sus ojos.
Y mientras los demás trabajan,
a ellos el verdín cubre su sangre
como en fétido estanque.
¡Que nadie tire piedras al estanque!
¡Que nadie lo toque!
Saldría un hedor espantoso.
¡Ellos mismos se pudrirán
como las hojas de otoño!
Pero hay otros hombres.
Son los que creen,
los que, inciertos, al futuro miran,
los que, rascándose trasero y pecho,
hablan de la nueva vida.
Yo los escucho. Oigo decir
a estos campesinos con andrajos:
"Está bien el Poder soviético...
Pero si hubiera tela... Si hubiera clavos..."
¡Qué poco esas barbas necesitan!
Su obsesión son el pan y las patatas.
¿Por qué de noche maldigo
mi suerte aciaga?
Yo envidio
a quienes a la lucha se entregaron,
a quienes defendieron la gran idea.
Estropeada ya mi juventud,
ni recuerdos me quedan.
¡Vaya escándalo!
¡Menudo escándalo!
Me encuentro en apurado lance,

pude otras cosas haber dado
en lugar
de las que se me daban cual jugando.
¡Suena, suena,
bruja guitarra!
Canta, gitana,
hazme olvidar
aquellos días amargos
sin caricias ni afecto.
La pena no se ahoga con el vino,
ni se cura el alma
en la soledad y reclusión.
¡Qué ganas tengo
de remangarme los pantalones
y echar a correr tras del Komsomol!

1924

CARTA A UNA MUJER

Usted se acuerda,
usted, claro, de todo se acuerda,
cuando andaba nerviosa
por la estancia
—yo a la pared pegado—
y me reñía
con acerbas palabras.

Decía usted
que había llegado
la hora de separarnos,
que a causa de mis locuras
sufría mucho,
que iba a dedicarse a sus cosas,

y que yo estaba condenado
a rodar por la pendiente.

Querida:
Usted no me amaba.
Ignoraba que entre el gentío
era yo cual caballo espumeante,
espoleado por audaz jinete.
Ignoraba
que entre aquella humareda,
en la fosca tormenta de la vida
sufría yo, sin comprender
lo que se avecinaba.
De cara a cara
no se ve el rostro.
Lo grande se ve a distancia.
Cuando el mar se encrespa,
corren riesgo las naves.
¡Y de pronto
se convirtió la tierra
en una nave!
Alguien
empuñó majestuoso el timón
rumbo a la nueva vida prodigiosa
por entre vendavales y tormentas.
¿Quién no se cayó en la cubierta?
¿Quién no vomitó y no maldijo?
Pocos hubo que no se mareasen,
que venciesen aquel torbellino.
Entonces
entre un clamor salvaje,
sabiendo bien lo que me hacía,

bajé a la bodega
para no ver vomitar a la gente.
Aquella bodega
era eso: la taberna.
Yo me entregué al vino
para no padecer por nadie
y hundirme
en la embriaguez.
Querida:
La hice sufrir, es cierto.
En sus cansados ojos
se asomaba la pena
al ver que yo, ostentosamente,
me consumía en escándalos diarios.
Pero usted ignoraba
que entre aquella humareda,
en la fosca tormenta de la vida,
sufría yo,
sin comprender
lo que se avecinaba...

... ...

Han pasado los años.
Mi edad es ya otra.
Ahora pienso de distinto modo.
Ahora brindo en los días de fiesta
por el gran timonel.
Me embargan hoy
amables sentimientos.
Al recordar su angustia
quiero apresurarme
a decirle

lo que fui antes,
lo que soy ahora.
Querida:
Me complace comunicarle
que no rodé por la pendiente.
Vivo en el Territorio Soviético
como el más entusiasta adherente.
No soy ya
el de antes.
Ahora no la haría sufrir
como entonces.
Tras la bandera de la libertad
y del trabajo luminoso,
estoy dispuesto a ir
al fin del mundo.
Perdóneme...
Sé que usted no es la de ayer.
Ahora vive
con un marido serio, inteligente.
A usted no le hacen falta
nuestros duros quehaceres,
y yo tampoco
le hago la menor falta.
Viva bajo
el signo de su estrella,
bajo su mansión renovada.
La saluda su amigo
que jamás la olvida,

Serguéi Esenin.

Traducciones de José Santacreu

SHAGANÉ

¡Shagané, mi dulce Shagané!
Será porque sea del norte,
me dan ganas de hablarte del campo,
del centeno rizado a la luna.
¡Shagané, mi dulce Shagané!
Será porque sea del norte,
y la luna allí es mucho más grande...
Aunque sea muy bello el Shiraz,
las vegas de Riazán son mejores.
Será porque sea del norte.
Me dan ganas de hablarte del campo.
Mis cabellos los cogí al centeno;
átalos a un dedo si quieres,
que dolor no siento ninguno.
Me dan ganas de hablarte del campo.
Del centeno rizado a la luna,
por mis bucles tendrás una idea.
Bromea y sonríe, querida,
pero no despiertes el recuerdo
del centeno rizado a la luna.
¡Shagané, mi dulce Shagané!
Hay en el norte una muchacha,
que se parece a ti tanto...
Tal vez de mí se acuerde.
¡Shagané, mi dulce Shagané!

AL PERRO DE KACHALOV

Dame tu pata, por si hay suerte, Jim.
Una pata así no vi en mi vida.
Ladremos a este tiempo en calma
bajo la luna que nos acaricia.
Dame tu pata, por si hay suerte, Jim.

No seas así, no te relamas tanto.
Sólo quiero que caigas en la cuenta.
Porque tú no sabes lo que es la vida
y que vivirla merece la pena.

Sé que tu dueño es amable y distinguido
y por su casa pasan muchos caballeros,
y todos ellos, sonriendo, pretenden
acariciar tu piel de terciopelo.

Aun siendo perro eres una delicia:
juguetón, ingenuo y cariñoso.
Y sin pedir a nadie permiso,
besas, como un borracho, a todos.

Amigo Jim, entre esos invitados,
hubo tantos así y de mil maneras.
Dime, ¿aquella tan callada, la más triste,
no la has visto entrar por esa puerta?
Ella vendrá, te juro que vendrá,
y si, por desgracia, yo no estuviese,
lámele por mí, tiernamente, la mano,
por todo cuanto fui culpable e inocente.

1925

UNA LUNA VAGA Y ENFERMIZA...

Un dolor de llanuras sin fin
y una luna vaga y enfermiza,
fue lo que vi en mi loca juventud,
lo que queriendo tanto, maldecía.

Por los caminos, sauces marchitos
y el canto de las ruedas de los carros.
Yo por nada del mundo quisiera
volver otra vez a escucharlos.

Las chozas ya no me conmueven,
el fuego del hogar he aborrecido,
y al manzano, de nieve en abril,
viendo el campo yermo, le perdí el cariño.

Ahora en otras cosas pongo mi esperanza.
A la claridad de esta luna tísica,
a través de la piedra y del acero,
veo el renacer de la tierra mía.

¡Rusia campesina, basta de arrastrarse
con viejos arados por todos los campos!
Cuando te contemplan olmos y abedules,
al verte tan pobre, se ahogan en llanto.

No sé qué luz nueva me traerá el destino;
aún está por ver qué valgo en la vida.
Sin embargo, ansío ver como de acero
a esta tierra mía, tan triste y tan mísera.

Cuando siento rugir a los motores
entre la nieve y las tormentas,
yo por nada del mundo querría
volver a escuchar las carretas.

Traducciones de Agustín Argüelles

VOY CRUZANDO EL VALLE

Voy cruzando el valle, la gorra en la nuca.
En el fino guante, mi mano morena;
a lo lejos brillan estepas rosadas
y el río anchuroso tranquilo azulea.

Soy despreocupado, nada necesito,
sólo oír canciones y hacerles yo coro,
que emane tan sólo un frescor ligero,
que siempre esté erguido este talle mozo.

Salgo del camino, bajo la costana.
¡Cuánto campesino con ropa de fiesta!
Susurran rastrillos y silban los dalles.
"¡Eh, poeta, escucha!, ¿tienes o no fuerzas?

Baja de las nubes, mejor es la tierra.
Si al trabajo amaras como al valle nuestro...
¿No eres de la aldea, no eras campesino?
La guadaña empuña, muéstranos tu fuego."

No es pluma el rastrillo ni tampoco el dalle,
mas el dalle traza estrofas sin par,
y en la primavera, con sol o con nubes,
las leen las gentes de cualquier edad.

¡Que se vaya al diablo mi traje a la moda!
¡Dadme la guadaña, ahora vais a ver!
¿No soy de los vuestros, no somos iguales,
pensáis que la aldea dejé de querer?

No me importan hoyos, tampoco terrones,
qué hermoso en la suave niebla mañanera
trazar en la hierba versos con el dalle
para que los lean caballos y ovejas.

Hay en esas líneas palabras, canciones,
y yo estoy alegre, sin pensar en nada,
puesto que leerlas cada vaca puede
y pagar por ellas con leche templada.

Traducción de María Cánovas

LAS FLORES ME DICEN ADIÓS

Las flores me dicen adiós,
inclinando al suelo sus tallos,
que nunca más volveré a ver
su rostro y el suelo patrio.

¡Bueno, amigos míos, bueno!
Os he visto y vi mi tierra,
y este temblor sepulcral,
como nueva caricia mi alma acepta.

Y porque la vida la comprendo
como el que pasa de largo y se sonríe,
a cada instante de la vida digo:
todo en el mundo se repite.

Y qué más da, llegará otro;
no acuciará la pena al que ha marchado;
y a la amada que se quedó
le compondrá el que llegue nuevo canto.

Y oyendo la canción, la amada,
en silencio, con el nuevo amante,
tal vez se acuerde de mí
como de una flor incomparable.

Versión de Vicente Arana

EDUARD BAGRITSKI
(1895-1934)

LA MUERTE DE LA PIONERA

En la tormenta tiemblan
hojas de lluvia...
¡Ay, qué verde el gorjeo
de la curruca!

¿Qué tienes, qué miras
Valentina, Valia?
En el cuarto blanco
de puerta pintada,
crece en tus mejillas
—como telaraña—
de la escarlatina
la fiebre que avanza.

Tus labios ardientes
no dicen palabras
Los médicos buenos
quieren verte sana;
por tu pelo al cero
su caricia pasan...
¿Qué tienes, qué miras,
Valentina, Valia?

Hay fuego en el aire,
negrura en las ramas.
¿Por qué tu cabeza
de llanto se inflama?
¿Por qué de tus labios
el gemido salta?
¿Por qué de tus ojos
el sueño se escapa?

(Duerme, duerme, duerme...)
Por la puerta pasa
tu madre. Te mira
regando tu cara:
—¡La isba se hunde,
Valentina, Valia!
La cruz del bautizo
te traigo; la casa
se cae de desorden:
mis manos no bastan...
el polvo es el dueño
de nuestra cabaña...
gallinas y cerdos
sin techo ni paja...
mugidos el hambre
despierta en la vaca.
Ten la crucecita
del bautizo. ¡Nada
malo puede hacerte,
Valentina, Valia!

... Y el llanto en las viejas
mejillas resbala,
mientras la tormenta

toca la ventana.
Los ojos inciertos
de fiebre abre Valia.
Los mares rugientes
envían la carga
de sus nubarrones
de lluvia y borrasca.

Sobre el hospital,
en filas cerradas,
legión tras legión,
las nubes levantan
y tienden al viento
pañuelos de llama.

Diluye la lluvia
las nubosas capas,
dibujando miles
de cuerpos, de caras.

Vencida la presa,
la tormenta lanza
sus blusas azules
de nubes, de ráfagas.

Clamor de clarines
el silencio rasga,
y en el hospital
que besan las aguas,
con ritmos marciales
los pioneros marchan
legión tras legión,
cual anuncio del alba.

En Setún y en Kúntsevo,
por doquier aguardan
los pioneros, puestos
sus ojos en Valia...

Y, mientras, la madre
tristeza derrama:
ni dará más besos
a la flor amada,
ni pondrá en la fiebre
su ternura blanca,
ni el hilo de vida
salvará de Valia.

—Para ti mis manos
el ajuar trenzaban:
vestidos de seda,
vajilla de plata.
Para darte dote,
de noche velaba
cuidando las aves,
ordeñando vacas;
para que tuvieras
vestidos y galas,
y al altar llegases
altiva, velada.
Ten la crucecita
del bautismo. ¡Nada
malo puede hacerte,
Valentina, Valia!

¡Qué torpes me suenan
mis cortas palabras!
¡No mueren los jóvenes!
¡Los jóvenes cantan!

Al grito de sables
voraces de danza,
los hielos de Kronshtadt
a luchar llamaban.

Y en férreos caballos,
allí derramaban
nuestra sangre joven
por calles y plazas...

Y, desde la muerte,
la voz que reclama;
los ojos que miran;
el pecho que canta.

¡Que pose en nosotros
su vuelo las águilas!
¡Que el fuego del héroe
nos temple las armas!

¡Que riegue la sangre
nuestra tierra amarga!
¡Que brote una nueva
juventud con alas!

... Y que en este breve
cuerpo, como el agua
de la primavera,
la canción renazca.

Contempla en el cielo,
mi pequeña Valia,
cómo tu bandera
de viento se inflama,
y mientras el rojo
cubre la montaña,
el trueno te dice:
—¡Alerta, mi Valia!

(La hierba del prado
se viste de escarcha...
Azul de pioneros,
la blusa de Valia.)

Su pequeña mano,
de la ingenua cama
igual que una ninfa
la niña levanta,
y rompe el silencio:
—¡Estoy preparada!
... y cuando, sin fuerzas,
transparente y clara,
parece que inventa
la blancura Valia,
la cruz se derrumba
sobre su almohada.

Un calor azul
abre la ventana;
el sol su homenaje
de luces derrama,

y tras los cristales
las currucas cantan
cuando llora y llora
la madre de Valia.

Pero la leyenda
no muere, que canta:
cuando nace un niño,
cuando ríe, canta;
cuando los muchachos
crecen, ella canta...
La dice el soldado,
la esparcen las lanzas,
la siembran los vientos
en todos los mapas.

Versión de Carlos Alvarez

PÁVEL ANTOKOLSKI
(1896)

EL HIJO

PRÓLOGO

¿Me escuchas, Vova? ¿No he llegado tarde?
Hablemos en la brecha hoy con calma.
¿Por qué no nos escribes
ni al padre, ni a la madre, ni a la hermana?

No puedes levantar más la cabeza,
no puedes ya mover tus manos de hombre,
no puedes ya secarte más las lágrimas
ni pueden respirar más tus pulmones.

¿Por qué tus ojos guardan para siempre
ese rotundo azul tan suyo, Vova?
Con tus párpados tristes, calcinados,
¿no volverás a ver ninguna aurora?

Mira a través de las enredaderas
una casa radiante, en fresca sombra.
¡Mira los puentes sobre abruptas quiebras
que tender tú soñabas. ¡Vaya obras!

Dime, ¿vendrá a verte esta mañana
la que de inquietud llena tu vida,
la de los rizos áureos, la mejor,
la que a nombrar yo no me atrevería?

¿Oyes los cañonazos?
Son los nuestros, en rápida ofensiva.
Sonó la hora. Vova, levantémonos,
vamos a combatir con energía.

Y me responde mi hijo entrañable
—en llamas la cabeza, el cuerpo inerte—
desde la lejanía inabarcable
que atraviesa todos los frentes:

"Déjame en paz, mi padre adorado,
no me llames, querido, no me llames,
que volamos por ruta intransitada
a través de incendios y de sangre.

Los amigos caídos en combate
golpeamos a las nubes con las alas.
Y no podrá volver a este mundo
nuestra escuadrilla amiga y cohesionada.

No sé, padre, si nos encontraremos.
Sólo sé que la lid no ha terminado.
Granos de arena somos tú y yo en el universo,
y más no volveremos a juntarnos."

EPÍLOGO

Adiós, sol mío. Vida mía, adiós.
Adiós, mi juventud, mi hijo adorado.
Pongamos fin a este relato flébil
sobre el más noble de los solitarios.

Con tus dieciocho años, en el relato quedas.
Solo. Fuera del aire y de la luz.
En el postrer suplicio inenarrable,
sin reposar en eterna quietud.

¡Ay, cómo nos separan los caminos
del tiempo y de los montes escabrosos
que entre sus matas guardan con cariño
tu cráneo roto, cubierto de polvo!

Adiós. De allá no vienen trenes.
Adiós. Y allá no va ningún avión.
Ningún milagro espero, pues los sueños,
mi Vova, sueños son.

Yo sueño que eres pequeño, dichoso,
y vas pisando con tus piececitos
esta tierra que a tantos ha inhumado...
Así termina el relato de mi hijo.

Traducciones de José Santacreu

NIKOLÁI TÍJONOV
(1896)

BALADA DE LOS CLAVOS

Con toda calma terminó de fumar su pipa,
con toda calma desapareció la sonrisa de su rostro.

"¡Destacamento, alinear! ¡Oficiales, al frente!"
A pasos secos se acerca el capitán.

Y las órdenes revisten solemnidad máxima:
"Levar ancla, a las ocho. Curso Este.

Los que tengan mujer, hijos y hermanos
deben escribir: no volveremos.

Por lo menos será un gran partido de palitroque."
Y el más viejo respondió: "A su orden, mi capitán."

Y el más joven y temerario
miraba al sol encima del agua.

"No importa a dónde —dijo—,
es hasta cómodo yacer en el agua."

El amanecer golpeó los oídos del almirante:
"La orden ha sido cumplida. Nadie se ha salvado."

Si se hicieran clavos de hombres como éstos
en el mundo no existirían clavos más firmes.

1919-1922

Versión de Nicanor Parra

PEREKOP

Como diamante sobre diamante se precipitan las estre-
[llas,
el viento ya no mece a los cipreses;
la careta antigás, fusil y cartuchera
y una libra de pan para tres bocas.

La bruma envuelve los viñedos verdes
con fino encaje azul.
Tres años sin dormir ni una noche,
tres años de disparos, humo y hambre,
pero el soldado cumple fiel las órdenes.

"Cepos, cepos y cepos
para los regimientos rojos"...
La bayoneta y la culata rotas,
y sobre el cuello silba recio el lazo.

Se lucha por los montes, el mar y las estrellas,
y cada paso es nuestro y no es nuestro.
Los perros bajan rápidos del monte
tendiendo puentes vivos sobre el Sivash.

Pero los muertos, antes de caer,
dan un paso adelante.
No mandan hoy ni balas ni granadas
ni podemos retroceder.

Pues a nuestras espaldas se encuentran
niños sin ojos y niños sin piernas,
poblaciones sin pan, sin lumbre ni agua
entre las ruinas de las carreteras.

Tras los montes se encuentran el sol, la dicha, el ocio.
¡No importa que ello sea un espejismo!
Y cuando miles de hombres gritan "¡Fuera",
la voz cobra más fuerza que un ciclón.

Cuando el ojo de pez de la alta luna
se cubre tras las nubes, sale el sol
para nosotros, fulgiendo en la sangre
de nuestras bayonetas rotas.

Los delfines retozan a lo lejos,
el espacio cunea a las gaviotas.
Y largos buques grises
se dan la vuelta hacia el Bósforo.

Bajo los árboles, tumbados sobre
la yerba, soñamos poder dormir
por vez primera ausentes y sin sangre,
por vez primera al cabo de tres años.

Soñamos que ya en cien años de vida
no se verán más tales desventuras.
Pero sobre ello no se pueden hacer canciones
ni se puede contar de cualquier modo.

Versión de César M. Arconada

COMO LA HUIDIZA ESTELA DE LOS REMOS...

Como la huidiza estela de los remos,
como el rumor del cable de telégrafos,
como el ansioso grito de las aves
que se despiden hasta primavera

como esas radios que ninguno capta,
como ruta de palomas mensajeras,
como estos versos que respiran lasos,
igual que yo, pensando en ti por siempre.

Todo ello no es sino una viva angustia
de la que ya no puedo separarme.
Tal vez me pidas: Habla más sencillo.
Y yo hablaré según lo pidas.

Si digo que es de estoicos separarse
lo hago para reprimir las lágrimas.
No caigas en la cama, atribulada,
más blanca que la tiza.

Pero tú, mi zozobra deliciosa,
dirás alguna vez mirando al cielo:
¡El ve la misma senda de la luna
y las mismas estrellas como hechas de hielo!

Traducción de José Santacreu

VASILI KASIN
(1898)

MAYO LABORAL

Golpeo, golpeo con el martillo,
doy vueltas, doy vueltas al tubo:
repercute el estruendo
en el aire y en cada casa.

Muerdo con las tijeras
el duro borde del hierro,
siento caer a mis pies
una viruta tras otra.

En la calle, después de los fríos,
rebullen las obras.
Oh cuántos, cuántos charcos en mayo,
trocitos de cinc azul.

La gotera, tal un martillo,
golpea fuerte el canalón.
Suenan pausados golpes
en los barriles y en los cubos.

LA GARLOPA

Rápida, garlopa, arrástrate de prisa,
cuchichea, canta en el banco,
peina la madera con tu acero,
con tu peine caliente de acero.

¡Ay rubios rizos de madera,
revoloteando hacia el suelo!
Sois aromáticos y dulces,
como untados de miel.

¿Recuerdas, garlopa,
su despedida rápida, agitando
sus rubios rizos deliciosos,
pisando tenuemente las virutas?

En aquel instante, te hundí
profundamente en la madera. Luego
de aquella silenciosa despedida,
dejé que el polvo te cubriera.

Y he aquí que hoy al encontrarte, muda,
evocas en mi alma aquellos rizos,
y cuando rozas, rápida, la tabla
hablas como sus rizos: susurrando.

Rápida, garlopa, arrástrate de prisa,
rumorea, canta en el banco,
peina la madera con tu acero,
con tu peine caliente de acero.

Versiones de Blas de Otero

ILIÁ SELVINSKI
(1899)

A LA PATRIA

¿Por qué amo la patria?
¿Por el rumor de sus robles?
¿O porque en ella veo
rasgos de mi propio destino?
¿Dónde reside el secreto: en el simple hecho
—al margen de todo razonamiento—
de que nací
a este lado del río?
¿Y quiere decir que por este simple hecho
no podré olvidar en la vida
el vuelo de la nieve en nochebuena
y las bandadas de chovas en la nieve?
Pero si yo hubiera nacido
en la otra orilla, y no en ésta,
¿reconocería mi alma
otra patria?
¡No! Porque aunque hubiera nacido
lejos, en la tierra de las palmeras,
siempre viviría aquí, eso no se puede dudar,
aunque no fuera sino en sueños.

Y no porque estos campos de trigo
me saluden.
Ni porque en torno al roble se mueva el cáñamo
medio en sueños.
Sino porque fue aquí
donde nació la gran verdad
de todas las tribus, pueblos y razas,
la gran verdad de todos los corazones torturados.
Y pase en el mundo lo que pase,
yo sé muy bien que éste es el país
que los antiguos buscaban en las canciones
a través de la niebla de las lágrimas.
República, tu camino es duro,
pero me miro en tus ojos y me digo:
¡Qué suerte
haber nacido en ti!

1947

Versión de Nicanor Parra

ALEXÉI SURKOV
(1899)

HÉROE

Lo confieso. Mi "musa" no tiene mucho que ver con
[lo exótico.
Poco habituado en su niñez a los juegos de caza,
mi héroe no fue a Chukotka a matar osos marinos
ni apuntó al ojo del rayado tigre.

El noroeste no sacudió sus espesos cabellos
bajo la vela anaranjada de una frágil embarcación.
No fue a descubrir polos ignotos
y no ocultó fardos de contrabando en los desfiladeros.

En resumen, mi héroe es un personaje parco
en materia de exotismo,
poco tiene que ver con los versos floridos.
Mi héroe fue soldado raso de la gran revolución,
toda una época de combates se apoya en su hombro.

Torturado por el tifus, las alarmas y los piojos,
por los caminos de la guerra, de Chitá al Donbás,
súbdito de la revolución mundial,
marchaba el soldado de la guardia de la clase insur-
[gente.

En la primera línea de fuego, bajo banderas desgarradas,
en el ajetreo de los altos en las marchas,
mientras construía fábricas y esgrimía planes,
aprendió a tener siempre listos fusil y corazón.

Y no es en absoluto una desgracia que el espíritu
de la aventura
no viva en su cuerpo, duro, habituado al trabajo.
Lo amo todo en él, desde el corazón al cordón rojo,
sin olvidar la estrella arrugada de su capote de soldado.

1928

Versión de Nicanor Parra

TRINCHERA

A Sofía Krevs

Crepita el fuego dentro de la estufa,
lagrimea en los leños la resina,
y el viejo acordeón en la trinchera
me habla de tu sonrisa y tus pupilas.

Me susurran tu nombre los arbustos
de cerca de Moscú, con nieve fría.
Quisiera que escucharas tú mi voz
sonora de añoranzas infinitas.

Ahora tú estás, amada, lejos, lejos,
entre nosotros, nieve y lejanía,
ir hacia ti no es fácil, como sabes,
y la muerte a dos pasos me vigila.

Reta tú a la nevasca, acordeón,
y sin cesar llama a mi errante dicha.
Mi amor inextinguible, en la trinchera
fría, me da calor y me da vida.

En las cercanías de Moscú, 1941

Versión de César M. Arconada

POR LA PRIMERA VEZ...

Por la primera vez salí para la guerra,
me dieron un billete para un viaje muy largo.
Dieciocho años tenía y ya es la cuarta vez
que arrastro por la guerra mi carga de soldado.
Los años fueron duros,
alumbrados por el rojo de los incendios.
Mi juventud pasó sin yo verla a mi lado,
se emblanqueció mi pelo...
Sin huellas de las balas, sin que el calor me queme
ando al borde del fuego.
Creo que fue mi madre quien con sus sufrimientos
me preservó la vida.
El tiempo nos impuso pruebas de fuego y plomo.
Venceremos, dijimos. Y luego: Volveremos.
Traeremos la alegría. Todo volverá a ser.
Por algo nos asaltan unos sueños confusos
que hablan de una región soleada feliz...
Después de las desgracias de aquella primavera,
pronto aparecerá el mayo deslumbrante.

Cercanías de Rzhev, 1942

AL ALBA

Yo me contentaría en mi cansancio
con un grito de la dicha humana.
Antes del alba, en los tejados rojos,
oigo rumorear la parra verde.

Un viento caluroso ya acaricia
los troncos con su ruda, áspera mano.
Por tu hálito sereno reclamado,
abrí la puerta, atravesé el umbral.

Escuché. Los sonidos de la noche
eran los mismos y las mismas ramas
y el mismo sueño, tu apacible sueño
que deja en paz mi alma sosegada.

El aire azul, caliente de la noche,
también seguramente te traerá,
como a través de un sueño, las estrellas
que el alba hace que nazcan como flores.

Y la hiedra saluda hasta a los pájaros
a través del encaje de las vallas.
De mi sueño hablará la parra verde
a las frías tejas rojas...

Versiones de Rafael Alberti
y María Teresa León

STEPÁN SCHIPACHOV
(1899)

NO ME IMPORTA LA MUERTE

Los años no me importan, ni la muerte,
ni ser piedra, raíz o polvo inerte.
Triunfando del hedor y de mi suerte,
cuando una moza oliendo a manzanilla
pase por los jarales de mi muerte,
besaré con mi polvo sus rodillas.

1940

APRENDED A CUIDAR EL AMOR

Aprended a cuidar el amor,
llama que mengua con los años.
La luna, el banco y la flor
es ardor de veinte años.
No sólo el rosa es color,
amor es canción de años.
Que amor no se llama amor
sin nieve ni desengaños.

JUNIO DE CEREZOS FRAGANTES

Junio de cerezos fragantes
vierte ligeras flores blancas
sobre los hombros de la mujer,
sobre su blusa a cuadros.
Viene levemente vestida
y se estremece un poco.
Una corona en su cabeza
es la atada trenza dura.
Mordisqueando una ramita
que le amarga en los labios,
baja corriendo la colina
entre las frondas del sendero.
Y a solas, es el encuentro.
Nos miramos a los ojos
y de repente, en la calma,
algo me pone muy triste.
¿Qué es? Decirlo no acierto.
Tal vez mi cabeza blanca,
o que al encontrarnos, serena,
ha desviado los ojos.
¿Tienen por eso hiel mis labios
cuando refieren este encuentro?
Junio de cerezos fragantes
bajo el frío cielo norteño.

1952

LA PALMA DE LA MANO

Palma de la mano,
ancha, grande, de hombre.

Palma,
te cruzan rudos caminos,
líneas claras
que fijan tu destino.
Palma,
por el pico encallecida
en la mujer te posas tímida.
Imagen de la vida, relicario
de los años en vuelo,
cuando coges el agua
en ti se copia el cielo.
Ancha, con cinco puntas
nadas y partes el río.
En el Ejército Rojo,
el asta de la bandera
alzas con brío.
Dulce,
acaricias al hijo
con desvelo y ternura...
y al malvado castigas
con bofetada dura.
Redonda, la manzana reposa
como el mundo, en tu mano.
¡Qué noble y hermosa
es la palma de la mano!

Versiones de Antonio Gavina

MIJAÍL ISAKOVSKI
(1900)

VUELAN LAS AVES DE PASO

Vuelan las aves de paso
en la lejanía azul del otoño,
hacia los países cálidos,
pero yo me quedo contigo.
Pero yo me quedo contigo
tierra que siempre amaré.
Yo no necesito la costa turca,
a mí no me hace falta el Africa.

Marchando con el fusil al hombro,
cuántos países no he visto.
No existe pena más amarga
que la de vivir lejos de ti.
Cuánto no he pensado en ti,
con mis amigos, en tierras lejanas,
no existe deber más sagrado
que cumplir tu voluntad.

No importa hundirse en los pantanos
ni congelarse en los hielos.
Si me lo ordenas de nuevo,
de nuevo lo haré con gusto.

Mis esperanzas y deseos
son las esperanzas tuyas.
Tenemos los mismos deseos
el mismo, mismo destino.

Vuelan las aves de paso
hacia los países cálidos,
vuelan detrás del verano,
pero yo no quiero volar.
Yo me quedaré contigo
mi tierra amada.
No necesito sol extraño,
extraña tierra no quiero.

1948

LOS ENEMIGOS INCENDIARON SU CASA

Los enemigos incendiaron su casa,
mataron a toda su familia.
¿Adónde puede ir ahora el saldado?
¿A quién podrá contar sus penas?
Ebrio de dolor, el soldado llega
a una encrucijada del camino
y en el campo vasto, encuentra
una tumba cubierta de hierba.
El soldado se detiene, cree
tener terrones en la garganta.
Dice el soldado: "Recibe, Praskovia,
al héroe, a tu marido.
Prepara para él una buena fiesta,
pon en la *isba* la mesa grande:

he venido a celebrar contigo
mi día, la fiesta del regreso."
Pero nadie contesta al soldado,
nadie lo recibe,
el cálido viento del verano
mece la hierba de la tumba.
El soldado suspira, se ajusta el cinturón,
abre su mochila
y deposita una botella de aguardiente
sobre la hierba gris de la tumba.
"No me censures, Praskovia,
por haber venido como vengo.
Sentí deseos de beber a tu salud
y voy a beber a la salud de tu alma.
Se reunirán los amigos, las amigas,
pero tú y yo jamás..."
Y en su jarro de metal el soldado bebió
dolor mezclado con aguardiente.
Sí, el defensor del pueblo
bebió y dijo con el corazón dolorido:
"Cuatro años caminé hacia ti
y llevé la victoria a tres países..."
El soldado se embriagó y derramó una lágrima,
una lágrima de esperanzas frustradas,
mientras relucía en su pecho
la medalla por la liberación de Budapest.

1945

Versiones de Nicanor Parra

ALEXANDER PROKÓFIEV
(1900)

VERSOS A RUSIA

I

Tengo necesidad de hablar de Rusia
de modo que mi verso todos digan
en alta voz, de modo que ese nombre
más fuerte que otros nombres se repita,
más que el del amor o el de la madre,
y llevarlo en los labios con deleite
hacia las olas que a lo lejos cantan
y el viento en cuna azul siempre las mece.

II

Cuántas veces contigo he estado a solas,
y te pedí tu ayuda, tu consejo,
y siempre, Rusia, fuiste mi destino,
mi hermosa luz, la estrella de mis sueños.
Me dio tu luz la maternal mirada,
penetraste en mi pecho y en mi sangre,
y si al fin esa luz se me extinguiera,
mi corazón estallaría al aire.

Versión de César M. Arconada

VERSOS, VERSOS, INQUIETUD MÍA...

Versos, versos, inquietud mía,
sin inquietud vivir no puedo.
Conmigo vais por los caminos
y en halagos no os envuelvo.

Hay que templarse con la vida
porque la vida está en lo cierto;
vosotros vais sin rumbo fijo
como palabras sin concierto.

Ya es el calor quien os agosta;
ya os apartáis de los senderos,
ya como banda de chiquillos
os echáis a volar inquietos.

Versos, versos, inquietud mía,
sin inquietud vivir no puedo.
Conmigo vais por los caminos
y en halagos no os envuelvo.

EL CORAZÓN DEL SOLDADO

En el corazón le clavan la bayoneta al soldado.
La sangre en el suelo ardiente al instante forma un [charco.
Los amigos en la tumba han colocado al soldado.
En el frente los cañones suenan con fragor lejano.
La tarde declina pálida, envuelta en humo liláceo,
estrellas de color lila apenas mueven sus párpados,
y pasan sin detenerse vientos de color morado...

En su tumba queda solo, para siempre, aquel muchacho.
Por dos sembrará la esposa, por dos segará en verano...
Pero no puede estar yerto el corazón del soldado;
sin vida no puede estar bajo la anchura del campo.
Se abre la tierra y le dice: "Perdona". Y en ese espacio
donde el corazón yacía, creció un hermoso manzano
con capullos olorosos de color rosado y blanco.
Y cuando el viento lo mece, se oye un susurro en el
[árbol.
... Late inmortal en la tierra el corazón del soldado.

Traducciones de María Cánovas

DE NUEVO HOGUERAS DE MALEZA...

De nuevo hogueras de maleza
han jalonado mis caminos,
de nuevo sobre nuestros hombros
el verano se ha consumido.

Se ha ido muy lejos el verano,
allá donde no vuela el águila.
De nuevo, absorto en mis quehaceres
no lo atendió mi alma ingrata.

Nos despedimos para siempre
y huyó tras la raya del mar.
Se llevaba obras y tiempo
de mi hermoso país natal.

Y tal vez una fruslería
que sólo yo pude querer.
Tal vez algún sonoro verso
cantando a una bella mujer...

Traducción de José Santacreu

VLADÍMIR LUGOVSKÓI
(1901-1957)

EL BAILE DE LOS CADETES

Ni lista
ni cornetas que toquen a formar.
Húngara danza bailan los cadetes.
Mil novecientos diecinueve.

De mármol blanco, gran sala.
Candiles, el escenario.
Gritan las trompetas: ¡alto...!,
primer amor.

Coro, anchuroso, vacío,
sombras tan sólo mueven las alas:
centenarias arañas zaristas,
frío cristal, tintineante.

Baja,
desciende el jefe,
las blanquecinas sienes alisándose.
¡Espléndida de truenos,
la danza de cadetes
bailoteo...!

Y vuelan las parejas:
crujiente correaje, los cadetes,
pero las niñas: zapatos remendados
y viejas blusas...

Enorme cobre.
Bocas abre la banda,
seis meses sin tranvías,
y en las calles
se agrupan las tinieblas.

Regia la sala, pero hace frío.
¿Y si mudáramos de danza?
¡Con más fuerza abrazarte...!
¡Cruzar palabras trascendentes...!

¿Qué viste tú, delante?
¿Negra nieve o andén de la estación,
bóvedas inquietantes
o tren nocturno: marchan los cadetes?

Anhelado camino.
¿Al Norte, al Sur?
Y que la Patria Rusia
a los cadetes llama.
¡Alarma, alarma, alarma...!

Coro, cielo de diciembre,
marcos o retratos, trastos viejos,
pan de espinas,
contigo lo compartiré.

¡Cadetes, cadetes, cadetes!
¡Celebrad la noche de despedida...!
Y el rumor de decrépito lazo,
se aleja para siempre.

Atruena el baile de cadetes
el año diecinueve
antes que toquen a marchar,
antes que oscilen las cantimploras.

1940

LA ESTRELLA

Estrella, estrella, fría estrella
tras agujas de pinos vas bajando.
¿Dónde al amanecer desapareces sin dejar rastro?
¿De qué vacíos vuelves
al anochecer...?

De tu lejano mundo alado,
torbellino de fuego:
núcleos o calor de los átomos fundiéndose.
¿Tan helada mirada
a mí, grano de arena,
en la corteza terrestre...?

¿Te mataron quizás
en este instante?
¿No existes más, desde hace tiempo?
Estrella, luz senil,
tú, decrépita vieja,
que apenas reconoces
nuestra tierra.

Prodigio y poderío,
continúa luciendo.
Y ante tu destino,
sombra soy de un grano de arena.
Pero mira que veo, sé,
calculo y pienso:
tengo poder sobre ti.

NUESTRA ÉPOCA

Medio siglo por delante.
Vi mucho. Mucho no vi,
ni en la tierra ni en el alma.
Comprende, es mi confesión:
participé en los hechos
históricos del hombre.
¿Qué hago yo, simple criatura
de este siglo?
Hablar de esta época mía,
única en el mundo,
del gigante que se alzó
sobre toda la tierra
para cargar sobre sus espaldas
la vida y el destino
de todo el planeta.
¡Cómo la vida es única...!

Vuelan los mundos,
los Estados sucumben
en el cerebro de las gentes.

Los pueblos ven de noche,
en la meditación del hombre,
los caminos trazados.

Gota tan sólo, gota que eres,
tan sólo gota en el Océano
de la Historia del Pueblo.

Tú en ella y ella en ti,
por ella tú respondes,
por las victorias, las glorias,
por torturas, por errores.

Himno, bandera y escudo
de aquellos que te condujeron.

¡Ay la timidez del débil
horror del mirar de frente,
de las luchas enconadas!
¡Cuánto amo la nocturna dulzura
y el calor animal!

Pero, aunque perspicaz,
poco lograba distinguir.
Tropezaba, caía,
de nuevo caminaba.

No soy profeta:
sólo poeta soy,
poeta del estallido,
de nuestra época,
grande para la vida
de toda la tierra.

Epoca viva, con honradez, soy tuyo,
hasta la corazonada del último pensamiento.
Camino, fuerzas motoras,
a Octubre, al Pueblo, a Lenin.
Ellos van dentro de mí
y yo voy dentro de ellos.

Somos inseparables.
En lo que escribí el día de hoy,
oigo voces, pensamientos
de otros, aún vivos o muertos.

Lo canté como lo vi,
como conocí y soñé.
¡Ay, cuánta amarga laguna...!
¡Diez vidas para vivir,
para narrar la riqueza, nuestra vida,
lo principal que aportamos al mundo!

¡Tuyo soy, época viva, todo tuyo!
Sustituyo lo viejo, a la mitad del siglo.
Sin fantasía no hay verdad en la tierra.

Y esta imaginación en todo:
lucha, naturaleza, vida del hombre.
¡Tuyo soy, tuyo, época viva!

Ventana. Pasos. Mejillas arreboladas.
Gorro de piel. ¡Qué frío hace!
¡Qué joven es! ¡Cómo le arden las mejillas!
Lleva una revista bajo el brazo
y el viento le levanta las faldas del abrigo.

¡Espera!
Eres la juventud, nuestro futuro.
Contigo estoy, éste es mi libro.
¡Tómalo!

Versiones de José Herrera Petere

NIKOLÁI SABOLOTSKI
(1903-1958)

DE LA BELLEZA DE LOS ROSTROS HUMANOS

Hay rostros semejantes a suntuosos pórticos,
donde en cada rasguño se adivina lo grande.
Y los hay parecidos a miserables chozas,
donde borbollonea una olla podrida.
Hay algunos tan fríos, tan inertes,
como de condenados a cadena perpetua.
Y hay otros como torres en que hace largo tiempo
nadie vive, no, nadie se asoma a la ventana.
Yo vi hace muchos años una choza
humilde y diminuta, mas de su ventanuco
llegó hasta mí un efluvio primaveral.
¡El mundo es grande, el mundo es grande y maravilloso!
Hoy rostros que recuerdan canciones jubilosas.
De ese sonido puro como un rayo de sol
es la música hermosa de los cielos azules.

LEYENDO VERSOS

Curiosísimo caso, ingeniosísimo:
un poeta ha parido un lindo verso
que casi no es un verso: es un chirrido
de grillo, un lloriqueo de bebé.

Y bien, reconozcamos que la cosa
supone cierta habilidad. Conforme.
¿Mas es posible que el sentir humano
se sacrifique a tales pasatiempos?
¿Que la palabra rusa se convierta
en gorjeo de pájaro,
y se pierda, entre juegos, el sentido
hondo de la palabra?
¡Jamás! La poesía no es un juego.
La poesía exige sus derechos.
¡Se ríe del que intenta hacer charadas,
con gorro de hechicero!
Quien vive la verdad, quien desde niño
ama la poesía interesante,
sabe que la palabra rusa es bella
y plena de sentido.

GRULLAS

Volando desde Africa en abril
hacia las costas de la tierra mía,
Vuelven las grullas dibujando un triángulo,
sumiéndose entre nubes.
Extendidas sus alas plateadas
a través del inmenso firmamento,
conduce el guía al abundoso valle
a sus bellos vasallos.
De pronto, cuando un lago transparente
bajo sus alas brilla,
alza su negra boca una escopeta
entre verdes arbustos.

Un rayo hiere el corazón del ave,
una llama fugaz fulge y se apaga,
y una pavesa gloriosa
desciende de lo alto.
Dos alas, como dos lágrimas grandes,
se ahogan en las ondas,
las otras grullas, remontando, escapan
dejando oír su doloroso llanto.
Allá arriba, en el círculo del cielo,
para aliviar el mal causado,
Naturaleza les devuelve
lo que la muerte arrebató implacable.
Un espíritu noble, un alto anhelo
y una inflexible voluntad de lucha,
cuanto de noble, de anteriores vidas,
la juventud recibe.
Y cuando el guía, desgarrado, yerto,
se sumerge en el fondo,
la aurora surge alrededor, dorándole
perennemente.

Versiones de Blas de Otero

VISSARIÓN SAYÁNOV
(1903-1959)

LOS CORNETAS DEL PRIMER EJÉRCITO DE CABALLERÍA

(Leyenda)

Al llegar la noche, camino del mar,
corren los caballos de los escuadrones;
se oyen las cornetas de cobre alternar,
ríen o sollozan con sonoros sones.

Y en las alargadas noches estivales,
tras de la bandera de frambuesa en liza,
donde hubo la víspera batallas campales,
cruzan los barrancos, la estepa rojiza.

Y aunque son muy buenos los potros del Don,
éstos les superan por la calidad;
el corneta toca con alma en tensión,
reparte entre todos la felicidad.

Ni el viento a lo largo de Rusia podría
competir con estos veloces trotones...

Al Primer Ejército de Caballería
cantan ya cornetas de otras promociones.

Las rojas banderas, cosidas a balas,
cortan como pájaros las rachas del viento.
Los jinetes pasan, volando sin alas,
la revista eterna de su juramento.

1955

Versión de Julio Mateu

MIJAÍL SVIETLOV
(1903-1964)

GRANADA

Lentos cabalgábamos
hacia los combates,
y entre nuestros dientes
iba "Manzanita".

Y esta canción hoy
permanece y tiembla
en la hierba joven,
jade de la estepa.

Pero otra canción
sobre un país lejano
llevaba mi amigo,
sola, en su caballo.

Cantaba mirando
su suelo natal:
—¡Granada, Granada,
Granada mía!

Iba repitiéndola
siempre, de memoria.
¿Dónde halló este mozo
la pena española?

Dime tú, Alexándrovsk,
y dime tú, Járkov:
¿Cómo comenzasteis
a hablar castellano?

Respóndeme, Ucrania:
—¿No guardan tus henos
la gorra de piel
de Tarás Shevchenko?

Amigo, de dónde
viene tu canción:
—¡Granada, Granada,
Granada mía!

Es un soñador,
lenta es su palabra.
—Hermano, en un libro
me encontré a Granada.

Su nombre es muy bello,
su gloria es muy alta.
Es una provincia
en el sur de España.

Me fui a guerrear,
dejando mi casa,
para dar la tierra
a los de Granada.

Adiós, mis parientes,
adiós, mi familia...
¡Granada, Granada,
Granada mía!

Ibamos soñando
para aprender pronto
la lengua de fuego
de las baterías.

El sol se elevaba,
cayendo de nuevo.
Se rinde el caballo
de andar por la estepa.

Pero en los violines
del tiempo, la tropa
tocaba con arcos
tristes "Manzanita".

¿Dónde está mi amigo,
dónde, tu canción:
Granada, Granada,
Granada mía?

Herido, su cuerpo
se deslizó a tierra,
dejó su montura
por la vez primera.

Vi: sobre el cadáver
se inclinó la luna
y los labios muertos
dijeron: Graná...

El destacamento
no advirtió su pérdida.
Y vio "Manzanita"
el fin de la guerra.

Nunca más oyeron
los pueblos natales:
—Granada, Granada,
Granada mía.

Sólo por el cielo,
resbaló, despacio,
de lluvia una lágrima
al sol del ocaso.

Y nuevas canciones
inventó la vida...
No, no hay que afligirse
por ellas, muchachos.

No, no hay que, no hay que,
no hay que, compañeros...
¡Granada, Granada,
Granada mía!

Versiones de Rafael Alberti
y María Teresa León

HORIZONTE

Donde el cielo se junta con la tierra,
un horizonte veo amanecer.
Corro afanoso para darle alcance.
El se aparta de mí. Yo voy tras él.

Miradlo tras el mar, tras la montaña...
Entre él y yo la discusión no acaba.

En la persecución no he de rendirme,
que en tal empeño va toda mi vida;
maldito sea yo si no pudiera
alcanzar la huidiza lejanía.

Desde la maravilla inalcanzada
traeré hasta aquí el árbol y la flor;
todas las fieras domaré al instante...
eso será en cuanto quiera yo.

Aprovecho la treta y el engaño,
a hurtadillas me acerco... y esta vez
la niebla se interpone en mi camino,
me cierra el paso, nada puedo ver.

Un fogoso caballo ensillo rápido,
y el horizonte siempre está remoto.
Va veloz mi automóvil a su encuentro,
se esfuma el horizonte, sólo hay polvo.
Un pasaje de avión compro al instante:
no cabe duda, esta vez lo logro.

Acompasados suenan los motores,
no hay horizontes: campos infinitos,
tierras dispuestas para la labranza,
hay cielos para mí desconocidos.
Anhelos hay también. ¡Sea mudable
la inmensa lejanía por los siglos!

¡Horizonte, de nuevo tú estás lejos!
Con más impulso me encamino a él,
igual que un desalmado, el horizonte
huye sin remisión de mí otra vez.

Me gustan tus zig-zags engañadores.
Horizonte... buscando voy tus huellas,
¿puede ser que no existas en el mundo,
acaso te mataron en la guerra?

Voy con mi camarada, los dos juntos,
siempre lugares nuevos descubrimos.
Cuánto dolor amargo en nuestros pechos,
por la gente perdida en el camino.

Y si los obeliscos se levantan
sobre esa gente que perdió la vida,
acerca lontananzas, que queremos
dar alcance a las nuevas lejanías.

Traducción de María Cánovas

YÓSIF UTKIN
(1903-1944)

SI TE HIEREN, AMADO, EN LA GUERRA...

Si te hieren, amado, en la guerra,
escríbeme pronto;
esa misma tarde te contestaré.
Será una respuesta cálida, amorosa:
Si tarde o temprano
las heridas sanan,
el amor perdura,
el amor no cesa.
Tal vez me traiciones
y ames a otra
y lo sepa yo.
Escribe... Te contestaré...
No esa misma tarde,
pero es seguro, la carta enviaré:
Aunque me dure la herida,
aunque mucho sufra y llore,
yo te perdonaré.

Pero en tus cartas jamás te refieras
a otra traición,
traición en la guerra.

A un cobarde no contestaré.
Para los cobardes tengo una respuesta:
Si tarde o temprano
las heridas sanan,
el odio al cobarde perdura,
no cesa.

1941

Traducción de Elva Macías
y Eraclio Zepeda

ALEXANDER ZHÁROV
(1904)

LA PIEDRA ENTRAÑABLE

Trombas de gélidas olas agitan
el inmenso mar Negro.
El último marino sale de Sevastópol,
forcejeando con la marea...

El mar, ceñudo y picado,
al bote zarandea, ola tras ola...

La brumosa lejanía
no deja ver la ribera.
Los barcos están muy lejos.

Los marinos, amigos, recogieron al héroe.
Bullía el agua borrascosa...
En la mano violácea tenía una piedra
y dijo, en voz baja, muriendo:

"Cuando dejé la roca querida,
cogí este trozo de granito,

para que lejos
de la tierra de Crimea,
no podamos olvidarla.

Quien coja esta piedra, que jure
que la ha de llevar consigo en el alma.
Volverá el primero a la amada bahía
y no podrá olvidar su juramento.

De día y de noche, la piedra entrañable
abrasa el corazón del marinero...

Que guarde como algo sagrado
esta piedra de granito,
bañada con sangre rusa."

A través de vendavales y tormentas,
la piedra volvió a su costa...
Una gaviota amiga agitó las alas
y el corazón latió sereno.

Aquel marinero, que cubrió de gloria
a la patria, se alzó sobre la roca.

Por la lejanía en paz
navegan los barcos
bajo el sol de la tierra amada.

1943-1945

Traducción de Agustín Argüelles

LEONID MARTÍNOV
(1905)

CIELO Y TIERRA

En este mi verso que se ensancha y crece
—si así es en realidad—,
¿qué sientes,
hombre
común,
ignorante ingenuo?

Las disputas sobre el desplazamiento rojo,
tan tenaces y acaloradas,
no hunden tu espíritu
en ninguna turbación,
y cuando
te enseñan en la niebla cósmica
la separación de las galaxias,
tú, más práctico que teórico,
regresas tu mirada
a la tierra.

En ella todo tiende
a fundirse, a mezclarse,
los pájaros se juntan
en bandadas,

el trigo va corriendo
hacia los silos,
los hombres están hartos
de maldecir las horas.

Quieren todos a una
juntarse para el trabajo unido,
alentar los corazones
del mundo
y que sea su universo
el que se ensanche
sin fin.

LOS HOMBRES

Los hombres,
generalmente,
piden poco
aunque dan mucho.

Los hombres
lo soportan todo:
si es preciso andan formados,
se cansan, pasan hambre...

Pero si las explosiones continúan,
hasta los más pacientes
se hartan del infierno.
Los hombres, generalmente,
poco saben,
pero si en algún lugar hay linchamientos
o atormentan a alguien,

ellos lo perciben con claridad
y pueden echar por tierra
a los asesinos violentos,
borrándolos de la lista
de los que merecen ser hombres.

Los hombres,
generalmente,
poco creen
en conjuros, magias y embelecos
y miden con sus medidas.
Kilos, libras,
metros, yardas...
Esa es la cuenta que saben.
Los hombres,
generalmente,
parecen ser poca cosa,
pero ¡significan tanto!

QUIERO QUE EL AMOR ABRACE EL MUNDO

¡Quiero
que el amor
abrace el mundo!

Y que sea feliz en ese abrazo
el mundo asombrado
ante tanta riqueza.

Llámalo, si así quieres, el amor a la patria
o di que es el amor filial,
el mundo entero es resplandor de amor,
del gran amor que le estrecha y abraza.

Piensa, si quieres, que es amor a la amada
o es amor a los niños,
cree que no existe
aquel que no ama a nadie.

Es tan grande el amor que ciñe al mundo,
que el mundo, con su abrazo,
ríe y llora
mirando los abismos de la muerte.

Que abrasados de amor sean los bosques,
las líneas fronterizas,
que florezcan en libertad las flores
de blasones distintos,
que al cortar esta flor
o aquella otra
el amor no se acabe
y se pueda gritar: Ya no hay fronteras.
Paso al amor sin límites.

Versiones de Rafael Alberti
y María Teresa León

SEMIÓN KIRSÁNOV
(1906)

NADA QUE HACER

Ayer vi a una abeja
posarse al lado de la casa campesina,
sobre un pino
y luego, en otro vuelo,
posarse sobre los helechos.

Yo, en cambio, estoy como perdido:
me arrastro sobre los tejados
que pinto con pesar,
quito las telarañas del rincón oscuro,
reparo la calefacción.
En ardua lucha estoy metido,
que es más fuerte que yo,
entre la azada y una flor.
Escribo cuadernos innúmeros,
publico algunos libros.

Y todo esto esperando grandes luces de fiesta
sobre el pinar florido,
en espera de charlas
con vosotros, ensueños,

tormentas, claror de luna, relámpagos,
zumbar de los mosquitos,
rumor de las abejas,
aletear del saltamontes.

Porque sin estas cosas,
no tendría nada que hacer
en este mundo, que alguien dijo
el mejor de los mundos.

ENCONTRARSE A SÍ MISMO

Voy a hablar de la vida,
de la muerte no quiero.
Expondré sus señales:
no sonriáis vosotros,
expertos en el átomo,
ni vosotros, astrónomos,
siempre pegados al cristal
de vuestras lentes cósmicas.

Milagroso no es sólo lo que es grande:
la Cruz del Sur y Vega,
las estrellas Alfa y Omega,
y detrás,
la Galaxia y el mundo sin fin.
Milagro son los ojos, tan sencillos,
rodeados de arrugas diminutas.
Milagro no es que existan
pequeños universos de vueltas y revueltas.
Milagroso es tan sólo el pensamiento,

que discurre por vías imposibles,
por donde nadie se aventura.
Milagro no es la eternidad.
Milagro es vivir este tiempo,
milagro es despertar cada mañana
y acariciar un párpado dormido.
Milagro es nuestra propia voz.
Milagro es descubrir el corazón
y mostrarlo a los otros.
Milagro es encontrar.

Milagro es encontrarse uno a sí mismo.

Versiones de Javier Alfaya

DMITRI KEDRIN
(1907-1945)

LA MUÑECA

Un cargador de cara abotagada
tiene aquí sus dominios.
¡En esta casa cuánta oscuridad!
Tantas veces su mano beoda se ensañó contigo.
En mi ventana hay una muñeca...
¿Quién podría apartar
los luceros azules de tus ojos
de esta pepona sin cejas?
Aprieta tu carita en mis cristales,
saca tus dedos de frío ateridos...
Mi perro ha roído la muñeca,
la ha dejado hecha un cristo.
Ya es vieja la muñeca,
la nariz tiene chata y el cabello perdió.
Mas qué importa
si al verla es tan profunda tu emoción.
Una vez solamente yo vi
en tus ojos azules aquel mismo brillo;
estabas hablando con un rapazuelo
en la puerta del patio vecino,
el muchacho que vive en la casa de enfrente,

que lleva anudado un pañuelo encarnado
y canta canciones alegres.
¡En esta casa cuánta oscuridad!
¡Oh época mía!,
irrumpe en esta triste madriguera
y dispersa esta mísera vida.
Aquí los hombres a brazo partido pelean,
los últimos trapos las mujeres roban,
aquí se delinque, aquí se blasfema,
se bebe a riadas, sin tasa se llora.

¿Qué será de ti, querida mía?
¿Es posible que en medio de esta gente
perdida idéntica suerte te aguarde?
¿Es posible que aprendas en este lugar
(peor que la muerte)
a beber a los nueve, a mentir a los diez
y a los doce años a robar?
¿Es posible que tú
entre las borracheras y las riñas
comprendas por señas
que tu amor es corriente mercancía,
te pintes las cejas con carbón,
te plantes un boá (de piel de perro quizá)
y con sombrilla roja salgas
al bulevar de Pokrovski a pasear?
No, querida mía,
¿Acaso no ves la inmensa ternura
latente en la mirada del país
que ha mecido tu cuna?
Y con huellas de lucha, con huellas del trabajo,
con huellas de pólvora y cal en sus manos,

¿podías acaso temer esa suerte
si estás bajo su amparo?
¿Acaso para que tú,
acosada por los gritos beodos de tu padre,
te ocultes en la buhardilla
con un mendrugo de pan,
arruinó Félix Dzerzhinski su salud,
sus pulmones "escupió" Máximo Gorki,
y Vladímir Ilich vivió una vida
que no caben en diez?
Y cuando entre sueños
la sodoma de medianoche llega hasta mí
con los gritos de tu padre borracho,
con el chasquido de platos al romperse
y el hilillo de tu voz envuelta en llanto:
"Paciencia mía, me digo,
¿hasta cuándo aguantarás, hasta cuándo?"
Vendrán los komsomoles algún día,
ajustarán las cuentas al cargador borracho,
subirán a la buhardilla
donde estás acurrucada dormitando.
Harán un atadijo con tus trapos
y te dirán:
—Querida, vámonos de aquí,
una muñeca linda te daremos,
no llores más.

1932

Traducción de María Cánovas

BORÍS KORNÍLOV
(1907-1938)

MI HIJO

Al oír una tarde su voz
juvenil, alegre, adorada,
eché a correr con viva emoción
buscando esa voz que cantaba.

No pienses, querida, que ahora
extraño
tu coquetería,
descalza
y el sarafán de flores rojas estampado.

Estaba yo también muy bien prendido:
pantalones de gala
y fornitura,
las botas nuevecitas de buena
cabritilla
limpiadas hasta el brillo
Y paseamos...
conversamos...
Ya iba oscureciendo por el río
y una sopa de carpas nos hicimos.
Camaradas, la verdad les digo:

No hay por nuestras tierras
plato más sabroso
que los carasinos guisados en crema.
Aquella vez, durante ese descanso,
le regalé un corte de percal,
y como postre me besó
en tal forma
que otra cosa yo no podía desear.
Lo demás, muchachos,
es sobrentendido;
era de noche y cerca del río,
los pájaros cantaban incesantes
con ese su lenguaje entretenido.
Pronto su llanto, entrañable,
escucharé
sobre la hierba esponjada cayendo.
Simón por nombre le daré
y a un pez pequeño se parecerá.
Pido que no lo toquen los extraños,
yo lo castigaré o lo mimaré,
haré que crezca hermoso y sano
y a la aviación lo destinaré.
Seré viejo, tal vez de pelo cano,
me hundiré en profundo sueño,
pero esperanzas no me han de faltar
que él jamás, jamás me olvidará.

1935

Traducción de Elva Macías
y Eraclio Zepeda

NIKOLÁI RILÉNKOV
(1909)

EL SONIDO Y VALOR DE LAS PALABRAS

¡Qué encanto aquilatar
el sonido y valor de las palabras!
Para ello hay que afincarse
en lo hondo de la tierra, en sus entrañas,
fijarse cómo brota la hierba,
cómo las aves cantan,
cómo se pone verde el follaje,
cómo los ríos sus aguas arrastran,
y oír lo que los jóvenes ansían
hasta por el croar de las ranas.
Si no, se seca triste el corazón
y no tienen sonido ni valor las palabras.

Traducción de José Santacreu

TARDES INVERNALES

Tardes invernales,
azules, azules.
Con plata de escarcha
la ciudad se cubre.

Tal vez del silencio,
o tal vez del frío,
qué joven se siente
el corazón mío.

Expresar quisiera
yo lo inexpresable...
Azules, azules
tardes invernales.

Traducción de María Cánovas

OLGA BERGGOLTS
(1910)

NO TE OCULTARÉ MIS TRISTEZAS

No Te ocultaré mis tristezas
ni tampoco mis alegrías.
Te abro mi corazón,
verídico relato Tuyo.

No es en los monumentos o en los obeliscos,
ni en los palacios de vidrio y cemento:
Tú surges, invisible y cercana,
en nuestros corazones antiguos y sedientos.

Tú surges, más natural que un suspiro
—hervor y calma de mi sangre—,
y en Ti me convierto, Epoca,
y Tú hablas a través de mi corazón.

Y no Te oculto mis tristezas;
No Te voy a esconder lo más oculto:
abro mi corazón,
que es una confesión Tuya.

1937

TENGO TANTO MIEDO...

Tengo tanto miedo de que a todos los que amo
pueda volver a perder...
Tanto cuido y acreciento
el amor de la gente.

No me importa que alguien se ría de mí:
vendrán los días
en que mi inquietud sagrada
será comprendida por ellos.

Mayo, 1941

ANTES DE SEPARARSE

Yéndome, todo lo dejo para ti,
todo lo mejor
en cada año desaparecido.
Toda la ternura pasada,
la fidelidad pasada,
y el borde de la felicidad beso como una bandera.
A la severa y combativa bandera
de nuevo hago mi juramento
y, levantando mi rodilla
en el aire, la suelto.

Ya no conoceremos tú y yo
una felicidad igual a la que ardía en nosotros.
Pero creo que mi mejor canción
conservará para siempre la bandera que sirvió lo suyo.

También te dejo la golondrina
de la primera bandada, que regresó,
atrevida,
nuestra golondrina del bloqueo, que vivía bajo un techo
[de dolor.
En tu hora solitaria la escucharás...
Y llevo conmigo todas las lágrimas,
y nuestras pérdidas,
golpes,
amenazas,
todas nuestras turbaciones
y atrevimientos,
nuestra difícil y gran maduración,
la canción de cuna que nunca se cantó
sobre nuestra hija,
canción concebida en la noche de la guerra,
entre torbellinos de nieve;
no escucharás su melodía no cantada:
sólo está conmigo y no es más alta ni más baja.

¡Adiós, mi generoso! Tanto
te amé...
Serás ahora más rico. Así he dividido nuestra riqueza.

1956-1960

Versiones de Manuel Rojas

NIKOLÁI GRIBACHOV
(1910)

LLUVIA DE VERANO

La lluvia, transparente,
se iba acercando espaciada;
de hoja en hoja, de rama en rama
fue tejiendo un tupido lienzo.

El jardín suspiró, templado y somnoliento,
y bebió el agua, recobrando nuevas fuerzas,
y la hierba crecía
como si alguien la tirara de la oreja.

Cabeceaban campanillas, margaritas,
la amapola guardaba en su puño el abejorro,
y un chico pelirrojo, sin camisa,
con afán de crecer, corría por la vereda.

Los pájaros cantaban y cantaban
cada uno desde su propio hogar,
y la lluvia unas veces apagaba sus trinos,
y otras veces intentaba imitarlos.

Y todo respiraba tanta dicha,
tanto a lo nuevo se afanaba todo,
que yo mismo entonces me sentía
renovarme, crecer, volverme joven.

Traducción de María Cánovas

FELICIDAD

Aquí la lucha, en la natura el caos,
del amor un infierno allá se hace.
Parece que de todo yo respondo,
y que de todo en parte soy culpable,

de no hacer los esfuerzos necesarios,
de al sitio donde voy arribar tarde,
de mezclarme en las fútiles discordias
y no atender al principal combate.

No derramo por ello vanas lágrimas,
no intento sin razón justificarme;
la vida con sus vientos me conduce
por un camino justo hacia adelante.

Y cada tierno niño y cada espiga,
y el corazón que dentro de mí late
me mandan ir, me mandan dominar
las alturas que nadie ha dado alcance,

crear sin lamentarse demasiado
de que caiga la vida en el ataque,
ser decidido y empujar con fuerza
aquella puerta que al mañana se abre.

Y este participar con honradez
en tus asuntos, siglo de combates,
es justamente la suprema dicha
que se merece el hombre infatigable.

Versión de César M. Arconada

ALEXANDER TVARDOVSKI
(1910)

ME HAN MATADO CERCA DE RZHEV

Caí cerca de Rzhev,
en un pantano perdido
y en la quinta Compañía;
yo en el flanco izquierdo iba
en una cruel incursión.
Yo ni aun oí la explosión,
yo no vi la llamarada,
yo me hundía en el abismo
sin fondo ni protección.
Y en el total de este mundo,
hasta que acaben sus días,
no se verán las insignias
que llevaba en mi guerrera.
Estoy donde la raíz ciega
se alimenta de tinieblas
y en esa nube de polvo
del centeno en la colina,
y donde el canto del gallo
ensancha, rociando el alba,
donde las máquinas rompen
el silencio de las sendas;

donde se unen hierbecillas
y el río hila los prados...,
donde ni aun vendrá mi madre
para asistir a mi entierro.
Calculad vosotros, vivos,
¿cuánto tiempo ha transcurrido
desde que un día, en el frente,
se mencionó Stalingrado?
El frente ardía sin tregua
como una herida en el cuerpo.
Me han matado y yo no sé:
Rzhev, ¿es por fin nuestro?
¿Se han mantenido los nuestros,
allá, en el curso del Don?
Aquel mes fue algo terrible,
todo se jugaba en él.
Quizás, ya hasta el otoño
dejó el Don tras de sí.
Aunque sólo sean sus ruedas,
¿se acercaron al Volga?
No, no es verdad. El enemigo
no destruyó esa tarea.
No, no, no puede ser. Pues si no
¿qué me quedaría, ya muerto?
Para los muertos callados
también hay una alegría:
Pues caímos por la Patria,
mas la Patria fue salvada.
Se apagaron nuestros ojos
y el fuego en los corazones.
Al pasar lista en la tierra
no se citan nuestros nombres.

Nosotros no luciremos
nuestras condecoraciones.
Las dejamos a los vivos.
Es nuestra única alegría
que no fue inútil la lucha
por Nuestra Madre Patria.
Aunque no oigáis nuestra voz,
todos debéis conocerla.
Porque teníais, hermanos,
que resistir como un muro.
La maldición de los muertos
es un castigo espantoso,
y esa terrible palabra
es nuestra siglo tras siglo.
Poseemos para siempre
ese amargo derecho.
El cuarenta y dos, verano,
fui enterrado sin tumba,
y la muerte me privó
de cuanto después se obtuvo:
De todo cuanto hace mucho
es, para vosotros, claro
y habitual. ¡Que concuerde
con nuestra fe todo ello!
Quizás vosotros, hermanos,
no hayáis perdido el Don,
y en Moscú, en la retaguardia,
por Moscú hayáis perecido,
y en el lejano Volga hayáis
cavado trincheras presurosos,
y hayáis llegado luchando
hasta el límite de Europa.

Para nosotros, saber
que allí estuvo ciertamente
ese final del camino
de la guerra, es ya bastante.
Es ese último palmo
que si se deja, el que da
solamente un paso atrás,
no halla ya dónde pisar.
Límite de lo profundo;
y más allá se veía,
a nuestra espalda, la llama
de las fraguas del Ural.
Echasteis al enemigo
hacia Occidente, hacia atrás.
¿Tal vez, hermanos, habéis
conquistado ya Smolensk?
¿Vencisteis ya al enemigo
en algún otro lugar?
¿Tal vez habéis llegado
ya cerca de la frontera?
Tal vez, tal vez... ¡Que se cumpla
el sagrado juramento!
Pues si recordáis, Berlín,
fue citado ante Moscú.
Hermanos que quebrantasteis
el fuerte, tierra enemiga.
¡Si los muertos, los caídos
pudieran llorar ahora!
Si las salvas de victoria
pudieran resucitarnos
a los mudos y los sordos
entregados a lo eterno.

¡Oh mis fieles compañeros,
sólo entonces, en la guerra
percibíais plenamente
un infinito de dicha!
En esa dicha se vive
sin duda lo que aportamos:
Nuestra fe, y odio, y pasion,
con los que acabó la muerte.
Os dimos cuanto era nuestro
sin trampa, en la dura lucha.
Lo entregamos todo, todo.
No nos quedamos con nada.
Todo os lo hemos transferido
para siempre, y no con plazo.
No es un reproche a los vivos
nuestra voz imaginada.
Hermanos, en esta guerra
no advertimos diferencias:
Los vivos y los caídos
éramos todos iguales.
Y ninguno de los vivos
tiene deudas con nosotros,
ninguno de los que en marcha
tomaron nuestra bandera.
Me han matado junto a Rzhev,
otro cayó ante Moscú.
¿Dónde estáis, soldados, dónde
los que aún quedáis con vida?
¿En las grandes capitales,
en la aldea, entre familia?
¿En un centro militar,
muy lejos de nuestra tierra?

Tierra nuestra o tierra extraña
cubierta de flor o nieve...
Lego a todos mi existencia.
Pues ¿qué más podría hacer?
Yo os lego esta mi vida.
¡Y que seáis muy felices!
¡Seguid con honra sirviendo
a nuestra amada patria!
Soportad, dignos, las penas
sin inclinar la cabeza,
y alegraos, sin jactancia,
en la hora de la victoria.
¡Y guardad sagradamente,
hermanos, vuestra gran dicha,
en memoria del hermano
que luchó y murió por ella!

1945-1946

Versión de Gabriel Celaya

RECUERDO DE LA MADRE

De nuestras madres, ay, nos despedimos
antes del plazo último.
Y en nuestra juventud ya traspasamos
el umbral de la casa,
sus manos bondadosas aún tocaban
pañuelos, calcetines,
y nosotros, temiendo retrasarnos,
arrebatadamente,
a la prescrita separación corríamos
creyendo no alcanzarla.

La más penosa separación de ella
llegó más tarde,
al hacerla saber por el correo
la voluntad filial,
al enviarle las fotografías
de una muchacha,
permitiéndole a su alma generosa
verla por nuera.
Y luego de la nuera llegan nietos...
y luego un telegrama...
Es la separación definitiva
de la madre, la abuela...

Versiones de Rafael Alberti
y María Teresa León

PIOTR KOMAROV
(1911-1949)

REGIÓN DEL AMUR

Remota región: colinas y bosques,
trinos misteriosos de aves rezagadas,
en tus hijos despertaste a grandes voces
ensueños de imágenes doradas.

Muchas tierras vimos estos años
en el duro camino del soldado.
Avanzando por países extraños
sólo en sueños vimos el solar patrio:

cielo de tardes embrujadas,
taigá de quietud y pureza,
Amur de orillas sosegadas
con sus brumas de primavera.

Como si ojos azules el lago tuviera,
mira las grullas en rectas bandadas.
Y al salir uno al campo, la primavera
ha regado el valle con flores bordadas.

El último abedul nos es conocido.
A un grito o a una voz cualquiera,
con suaves gorjeos, con alegre ruido,
el bosque parece que le respondiera.

Y en cada murmullo casi se adivina
al lince volviendo hacia su guarida,
o al alce bajando la suave colina,
abriéndose paso, las ramas esquiva.
Todos los senderos yo los caminara
bebiéndome el agua de sus manantiales
y agotando el aire si lo respirara.
¡Mas son tan extensas mis tierras natales!
Amur de mi sueño,
un mes no me basta para yo cruzarte,
eres tan extenso...
Sólo las leyendas pueden abarcarte.

1944

Traducción de Elva Macías
y Eraclio Zepeda

SERGUÉI PODÉLKOV
(1912)

A MI HIJO

Todo, todo se puede cambiar en esta vida:
un canario por un caballo,
un bastón por una casa.
Todo puede perderse por una imprudencia:
el juicio, los amigos, el tiempo.
Todo puede olvidarse: la penuria y la pena,
las calumnias y el primer amor.
Todo puede prestarse a plazos
y luego recibir
el trigo y el dinero prestados.
Pero quiero que sepas
y a los nietos inculques,
que la Patria,
lo mismo que el propio corazón,
¡no se puede olvidar, ni prestar, ni cambiar!

LA CANCIÓN QUEDA

Las montañas se hunden
y se abre el subsuelo.
Se secan los ríos
y los cauces quedan.

La estepa. Un incendio.
Se encrespan las llamas.
Se quema la yerba
y las raíces quedan.

El sol otoñal
cual plato en el cielo.
Las aves se marchan
y los nidos quedan.

El bosque suspira.
Las nubes avanzan.
Caen ya las hojas
y las ramas quedan.

Vivir quiere el hombre.
Se encorva en la tierra.
El hombre fallece,
y la canción queda.

Traducciones de José Santacreu

LEV OSHANIN
(1912)

MI VOLGA, MI VOLGA

(*Canción de la película "Fluye el Volga"*)

De fuente remota
provienen tus aguas,
mi Volga, mi Volga,
de anchura sin tasa.

Por llanos y lomas,
por bosques y prados
discurre mi Volga.

Cumplí quince años.

Mi madre dijo: "Partes del lugar.
Tal vez te canse el mundo y su clamor.
Entonces, hijo, vuelve al hogar
y al Volga besa con filial amor."

De fuente remota
provienen tus aguas,
mi Volga, mi Volga,
de anchura sin tasa.

Por llanos y lomas,
por bosques y prados
discurre mi Volga.
Cumplí treinta años.

Primer encuentro y primer afán
muy lejos nuestro Volga se llevó.
Mas no lo siento, porque en verdad
allí nació aquel primer amor.
De fuente remota
provienen tus aguas,
mi Volga, mi Volga,
de anchura sin tasa.
Por llanos y lomas,
por bosques y prados
discurre mi Volga.
Cumplí sesenta años.

Amigos, nietos, tengo en mi vejez,
cuanto hace falta para ser feliz.
Un mozo canta mi canción de ayer:
mi juventud me hace revivir.

(*Se repite el primer estribillo.*)

1962

Traducción de José Santacreu

BORÍS RUCHIOV
(1913)

TODA LA RUSIA INMENSA...

Toda la Rusia inmensa
como casa paterna heredaremos
los rusos, en todo tan sencillos
y entregados tan sólo a nuestro esfuerzo.

En la taigá, de nieve tapizada,
y en la montaña, de mineral henchida,
decíamos del pan
que se nos daba:
"¡Bien nos hemos ganado la comida!"

En lejano extremo de la Patria,
viviendo cual soldados en el frente,
era cuestión de honor
para nosotros
el trabajo más duro, más urgente.

Rústicos, sin caricias femeninas,
los picos bien sujetos en el cinto,
marchábamos por montes y por selvas
sin reparar siquiera en el peligro.

Impregnados de humo hasta los huesos,
dejando en la penumbra la fogata,
íbamos por la tierra fría y hosca,
pero tan nuestra, tan amada.

Caminábamos en la roca abriendo sendas,
nos hundíamos en la nieve sin un grito
en cada agreste puerto de montaña
y en la costa del Oçéano Indico.

Trabajando hasta sudar en días fríos,
estremecidos por maligna fiebre,
aquí supimos
que el trabajo
a proezas de guerra en nada cede.

En nuestras carnes aprendimos
lo duro que es ganar
el santo honor
de encender los primeros una hoguera
en el inmenso Norte aterrador.

Y aunque primero se maldiga
por tantos sufrimientos y dolor,
por los perpetuos hielos y el cruel frío,
luego resulta grato al corazón.

Y como héroes,
por costumbre,
si el futuro nos lo exigiera,
por todo lo que aquí
hemos alzado,
caeríamos en batalla cruenta y fiera.

... Y tú,
lejos, tras el mar azul,
por primera vez de pesar acometida,
no consideres una pena insoportable
tu santa nostalgia femenina.

Cuando veas de cerca
mis trochas, sendas y veredas,
aprende a ser cual nuestras madres
cuando estaban los padres en la guerra
y ellas, pacientes y orgullosas,
sobreponíanse a su tristeza
mientras ellos,
las armas en la mano,
de Rusia defendían las fronteras.

Versión de José Vento

YAROSLAV SMELIAKOV
(1913)

MI GENERACIÓN

No nos dieron los años en vano,
nuestra vida es difícil y hermosa.
El trabajo va en nuestras palabras,
y con él alcanzamos la gloria.

Un poder gigantesco me dieron
esos hombres que tienen mis años;
en su nombre maldije implacable
la ventura y el éxito falsos.

Construí casamatas, trincheras,
he labrado la piedra y el hierro,
y quizá sea el propio trabajo
quien de hierro y de piedra me ha hecho.

Aunque corran arroyos de tinta,
con la pluma tacharme no pueden,
y no hay bala ni bomba en el mundo
que me pueda abatir con la muerte.

No soy grande, yo soy gigantesco.
¡Quién se atreve a buscarme querellas!
Ved los altos hornos a mi espalda
como firmes torres de paciencia.

No soy grande, yo soy infinito,
en mi frente vive el pensamiento
como vive en la tierra desnuda
el radiante destello del cielo.

Comencé a construir por los campos,
donde ayer se ensañaba la guerra,
el solemne triunfo del trabajo,
la victoria del hombre que crea.

SI ENFERMO...

Si enfermo me pongo algún día,
yo no iré a consultar a los médicos,
pediré a los amigos ayuda
(no creáis que deliro, no es cierto):
Extended ante mí las estepas
y con niebla cubrid las ventanas,
y una estrella nocturna ponedme
en lugar de almohada.

Porque siempre marché sin rodeos.
Si me hieren en justa batalla,
vendad mi cabeza
con senderos de verdes montañas,
y con flores y ramas de otoño
tejedme una manta.

No me deis medicinas, no quiero,
dadme el agua del río, su plata,
dadme el aire y la luz del desierto.

El aliento sin fin de los siglos
de los montes y el mar aquí llega.
Si miramos en torno veremos:
la vida es eterna.
Por mis rutas no corren brebajes,
son las nubes que corren por ellas.
No será un corredor de hospital
quien de mí os separe mañana:
ha de ser un camino de estrellas
por la Vía Láctea.

Traducciones de María Cánovas

EL VIEJO

Sin temblar, ni a pasos menudos,
un viejo que supo de ahogos
camina al encuentro del tiempo
con el bastón golpeando hosco.

Posee familia y amigos,
pero este viejo de entereza
no se va a un trabajo servil,
que va con orgullo al servicio.

Y sin perder el tiempo en vano,
al margen de cuentos y chismes,
el viejo, aunque cordial y amable,
es por principio inflexible.

Holgada lleva la chaqueta,
la presunción poco le importa.
Va un poco pasado de moda,
pero hasta eso le da su encanto

Como desde tiempos antiguos
también brilla el sol en invierno,
así la nación que se precie
debe venerar a sus viejos.

Se detendría el movimiento
y sufriríamos desdichas,
si perdiésemos el respeto
a tales admirables viejos.

Traducción de José Santacreu

SERGUÉI SMIRNOV
(1913)

CRUZAR TIERRAS Y MARES

Cruzar tierras y mares
en busca de versos sueltos.

No para las feroces
miradas de los doctos,
sino para que en cualquier parte
un hombre cualquiera,
aunque sea ingenuo
o desconocido,
capte un verso
como un hilo de luz
y se lo grabe en la memoria.

1956

EL HOMBRE

Según cuenta la leyenda,
el fuego lo inventó el hombre,
mas luego le arrebataron
un tesoro tan enorme.

No fueron meros bandidos
ni unos simples pecadores,
que fueron —¡quién lo dijera!—
nada menos que los dioses
de la propia antigua Grecia.
Como respuesta, el hombre,
por manos de Prometeo,
quitó el fuego a los dioses.
A lo largo de los siglos,
qué cosas no ha visto el orbe.
Mas nadie tiene noticias
de lo que hacen los dioses.
¡Crea el hombre del trabajo,
y vale más que los dioses!

1956

Traducciones de José Santacreu

ALEXANDER YASHIN
(1913)

UN DOMINGO

Que van marido y mujer,
un domingo por el pueblo;
ella, muy condecorada;
y él, ni una insignia en el pecho.

En la calle se oyen voces,
la gente dice: —¡Qué es eso!—
Se indignan los varones,
del más chiquito al más viejo.
—¡Ay de ti, Fomá Yerioma,
si la mujer te da ejemplo!
¡Quédate mejor en casa,
no aparezcas por el pueblo!

Los chicos le gastan bromas
y le van tomando el pelo.
Hasta los viejos se burlan,
cuando se acerca a los viejos.

—¡Vergüenza! —le gritan unos—.
¡Vuélvete a casa al momento!
Otros le gritan: —¡Despierta!
¡No deshonres a tus deudos!

Compungida la mujer,
al ver tal hosco revuelo,
le dice al marido: —Ponte
tus órdenes en el pecho.

Y el marido le responde
con ademán satisfecho:
—Déjales. Mejor así,
que te admiren a ti quiero.

Versión de Vicente Arana

VÍCTOR BÓKOV
(1914)

¿EN DÓNDE EMPIEZA RUSIA?

¿En dónde empieza Rusia?
¿En las Kuriles?,
¿en Kamchatka?,
¿o en las islas Komandor?
¿Por qué sus ojos esteparios miran tristes
los juncales de sus lagos, su verdor?
Empieza Rusia en la pasión
por el trabajo,
por el paciente esfuerzo,
por la razón
y la bondad.

Esa es su estrella,
su noble y gran estrella,
que rompe el manto de la oscuridad.
De aquí,
todas sus proezas de leyenda
y su suerte sin par, dulce y amarga.
Si en esa suerte parte alguna tienes,
en ti empieza Rusia,
y no en las montañas.

Priva al ruiseñor de la floresta,
del arroyo que nace de fresco manantial,
y harás del arte una quimera yerta,
un pobre borrador sin terminar.
Y será una canción poco lograda,
como la luna fría en su menguante
o como una espiga no granada.
Le faltará, pues, algo importante:
el aliso, el arroyo, la fuente,
la dulce sombra, el lúpulo silvestre...

Versión de José Vento

ALEXÉI NEDOGÓNOV
(1914-1948)

RÉQUIEM A UN SOLDADO

A miles de verstas del hogar paterno
cayó atravesado por bala enemiga:
en la estepa húngara, cerca de Esztergom,
moría un joven moscovita.

De pronto el soldado, tendido en la estepa,
sintió la caricia del aire natal,
igual que si viera agitarse de nuevo
los arces vetustos de Arbat.

El último impulso del corazón recio,
y se alzó en los codos, en la nieve ardiente,
por ver a los suyos lanzarse al combate
contra el alemán y vencer a la muerte.

Y como a lo lejos de su agrupación,
él vio que avanzaba la tierra, tan suya.
Los ojos del héroe captaron fugaces
del Kremlin las áureas cúpulas.

A miles de verstas del hogar paterno
se alza un obelisco que guarda una estrella:
bajo el cielo húngaro, cerca de Esztergom,
la gloria de Moscú canta la húngara estepa.

1945

Versión de Vicente Arana

MARGARITA ALIGUER
(1915)

EL RETRATO DE ZOYA

Guarda para siempre el retrato de Zoya.
Yo, seguramente, durante siglos no la olvidaré.
Este cuerpo de niña,
ni muerto
ni vivo.
Esta Zoya de mármol
yace quieta en la nieve.
En la soga implacable, su fino cuello herido.
Un ignoto poder en tu rostro vertido.
Así se aguarda al amado,
resaltando entrañables bellezas,
iluminándose con misteriosa llama de mujer.
Sólo tú no esperaste, novia de nieve.
El, en capote de soldado,
su camino hacia el occidente se halla,
puede ser que no lejos de este sitio terrible,
donde caen los copos en tu rígido pecho de doncella.
La debilidad y la fuerza eterna es unión irrepetible.
Estás helada toda, y en mí la pena hierve.
No irrumpió en ti, no surgió de ti la maternidad,
tibia boca de niño no tocó el seco pezón.

Tú yaces en la nieve.
Oh, cuánto diste por nosotros,
para levantar con orgullo la limpia cara hermosa!
Por el triunfo del héroe,
por las duras corazas enmohecidas,
por la santa alegría de ser bravo combatiente.
Sé nuestra preferida, símbolo de la verdad y de la fuerza,
para que nuestra lealtad sea, como tu muerte, alta.
Junto a tu tumba cubierta de nieve,
a occidente, a occidente!,
se dirigen las tropas
en sacro juramento.

Traducción de Elva Macías
y Eraclio Zepeda

OTRA VEZ HAN REÑIDO...

Otra vez han reñido en el tranvía,
sin frenarse, sin avergonzarse ante los demás...
pero sin ocultar la envidia involuntaria,
los observo, llena de emoción.

No saben lo felices que son.
¡Magnífico! ¿Qué falta les hace?
¡Imaginad, están juntos, ambos viven,
y todo puede arreglarse, todo se puede aclarar!...

1956

LA GENTE NO ME PERDONA LOS ERRORES

La gente no me perdona los errores.
En fin, aprendo a responder.
Los telegramas de los diarios matutinos
no me prometen una vida fácil.

Generosos en aplausos vacíos,
los días arden como mariposas de fuego.
No hay, no hay señales
de vida fácil.

¿Qué puedo saber yo de la vida fácil?
Unicamente lo que pueden decir los versos de otros.
Pero si hay que divertirse, aunque sea en un velorio,
me divierto hasta que los gallos canten por tercera vez.

Pero vuela y chisporrotea la nieve,
lejos, lejos brillan algunas luces;
sea como sea, fardo de mi suerte,
eres liviano como una pluma.

No importa que pasen los años, no importa
que blanqueen las canas;
perdona, si me quejo;
no importa que peses más y más, porque deshacerse
[de ti
es aún más difícil que seguir contigo a cuestas.

1946

Versiones de Nicanor Parra

EVGUENI DOLMATOVSKI
(1915)

COMPAÑEROS

Compañeros que vivisteis menos que yo
y recorristeis un corto camino.
En el bullicio cotidiano yo vislumbro
lo difícil de vuestros destinos.

Qué poco y qué mucho pudisteis realizar,
y cuán sinceramente sabíais pecar.
Nada malo recuerdo, ni quiero saber,
y lo que fue secreto, secreto ha de ser.

¡Cuántos años vivo caminando de prisa!
Mas siento que no me basta la propia vida.
Poco a poco mi alma ya se ha convertido
en la residencia de mis viejos amigos.

Allí no han muerto, sencillamente duermen:
uno, como el minero cumplida su jornada;
otro, como el soldado después del combate,
sin haber llegado a la edad de las canas.

El tercero duerme con una sonrisa,
como si volviera al alba de una cita...
Difícil y fácil es poder ver milagros;
sus voces lejanas me dicen bien claro:

¡No temas a los falsos, mendaces y pillos!
No existe la soledad. Estamos contigo.
¡Lo que no nos dio tiempo a decir, dilo tú!
¡Lo que no nos dio tiempo a cantar, cántalo tú!

1957

Versión de Vicente Arana

KONSTANTÍN SÍMONOV
(1915)

¿RECUERDAS LAS CARRETERAS DE SMOLENSK?

A Alexéi Surkov

¿Recuerdas las carreteras de Smolensk,
Aliosha, las lluvias torrenciales,
y las mujeres que nos traían leche
abrigando las jarras como a niños?

¿Cómo a escondidas, se enjugaban
el llanto diciendo: "¡Id con Dios, soldados!",
y de nuevo se llamaban soldaderas
como en la gran Rus de antaño?

Medida por lágrimas más que por verstas,
la carretera se perdía a lo lejos,
colinas, cementerios y cementerios...
como si no hubiera ya otra cosa.

Como si en las afueras de cada pueblo,
rezaran todos nuestros antepasados
por los nietos vivos que no creen en Dios,
protegiéndolos con la cruz de sus brazos.

La Patria, Aliosha, ya no es la casa
de la ciudad donde contento vivía,
sino estos pueblos de la vieja Rusia
con cementerios y cruces de madera.

La dulce melancolía de los campos,
la canción de las aldeas y caminos,
la lágrima de la viuda, esa tristeza...
me la dio la guerra por vez primera.

¿Recuerdas la isba cerca de Borísov,
la muchacha llorando a su amado,
la anciana canosa de atavío basto
y el viejo, como en la muerte, vestido de blanco?

¿Cómo consolarles de tanta desgracia?
¿Recuerdas, Aliosha, la voz de la anciana
al decirnos, firme: "Marchaos, queridos.
Partid al combate, pero os esperamos"?

"¡Os esperamos!", nos decían los campos.
"¡Os esperamos!", repetían los bosques.
Sabes, Aliosha, aún creo oír las voces,
aún oigo "¡os esperamos!" por las noches.

Incendios... siguiendo la costumbre rusa,
a espaldas la tierra calcinada.
Alrededor mueren los compañeros
a la rusa, la camisa desgarrada.

De nosotros aún se apiadan las balas.
Tres veces creí que mi muerte llegaba,
y tres veces sentí el noble orgullo
de la tierra rusa, de mi Patria amada,

de saber que iba a morir por ella,
que debo la vida a una madre rusa,
y que al despedirme, me besó tres veces
para ir al combate, una mujer rusa.

1941

Versión de Antonio Gavina

ESPÉRAME

Espérame, y yo volveré.
Espérame con toda el alma,
cuando la triste lluvia dé
para la espera triste calma.
Espérame cuando la nieve
se amontone. Cuando esperado
venga el calor y el frío lleve,
cuando el ayer quede olvidado.
Espérame si ya las cartas
de lejanías no vinieran,
y olvido de otros no compartas
si los otros ya no me esperan.

Espérame, y yo volveré.
No confundas tu recordar
con aquellos que ya sin fe
piensan que es hora de olvidar.
Que la madre y el hijo crean
que yo en la muerte ya me anego,
y que los amigos se vean
todos sentados junto al fuego.

Que tomen un amargo vino
por el recuerdo de mi ser;
mas espera tú mi destino,
no te apresures a beber.

Espérame, y yo volveré
desafiando a la muerte;
quien no esperó verme de pie
que diga de mí: tuvo suerte.
No entenderán en su porfía
que eres tú quien me ha salvado
de entre el fuego de cada día
por haberme así esperado.
Cómo y por qué he sobrevivido,
lo sabremos sólo tú y yo:
porque esperarme tú has sabido
mejor que nadie me esperó.

Versión de Fiódor Kelin
y César M. Arconada

VERÓNICA TUSHNOVA
(1915-1965)

DESDE LA MEDIANOCHE...

Desde la medianoche
cae y cae la llovizna,
colgando tras las ventanas
un velo de muselina.

En el bosque, los cuclillos
nos auguran larga vida...

Soy una mujer feliz:
no estoy triste
ni aburrida.
Por la puerta abierta, entra
un olor a barro y hierba.

Yo no creo en los cuclillos:
¡mienten
con mucha frecuencia!
¿Para qué contar los años?
¿Qué importa uno más o menos?
Si son pocos, que sean;
lo que importa
es vivirlos dichosos.

Vivirlos de tal manera,
que todos, todos tus sueños
en realidad se conviertan;
vivirlos como los pájaros:
en la boca, la canción.

Vivirlos de tal manera
¡como los vivo yo!

Traducción de Agustín Argüelles

MIJAÍL DUDIN
(1916)

VERANO DE VOLOGDA

Norte amado,
en la noche blanca
dime qué ficción escondes;
en nombre de la vida, Norte, llena
de sonidos tu silencio.

Gime con la garza del pantano,
con el sonoro silbido de la hoz resuena;
te beberé gota a gota
con el rocío del ruiseñor.

Contigo repartiré la pesca,
esperaré tu silencio amanecer,
y con tu voz cantarina
hablaré de ti, Norte.

Tu manera de ser me es entrañable.

Leve susurro en los juncos.
Me embarga un sentimiento dulce, dulce,
y está tranquila mi alma.

¡Norte, Norte!
En la madrugada,
el viento arremolina la niebla.

Hoy he hallado el camino
hacia el venero de tus profundidades.

Norte amado,
en la noche blanca
deja que me sacie
de tu tranquila belleza,
la más valiente,
la más pura.

CANCIÓN A LOS PUENTES

Puentes de enemistad
no los necesitamos.

Quememos los puentes de la enemistad,
los puentes de la guerra,
los puentes de alarma,
las ofensas de los caminos recorridos.

Los cimientos
de un nuevo
camino es fácil sentar.

Construyamos un nuevo puente
que vaya directo de corazón a corazón,
de continente
a continente.

Construyamos un puente. En ese puente
pondremos de centinela a la amistad.
Y construiremos juntos también un puente
desde la tierra a las estrellas,
¡desde la tierra a las estrellas!

Traducciones de A. C.

MIJAÍL LUKONIN
(1918)

A LOS QUE VUELVEN DE LA GUERRA

Los que volvemos de la guerra
no necesitamos elogios,
ni laureles,
ni flores a los pies.
No, no es eso
lo que necesitamos.
Pisar queremos
los campos de pan llevar,
los prados floridos.

No nos compadezcáis, no nos deis descanso,
que no estamos cansados.
¡Estamos dispuestos a caminar!
No nos miréis con ternura,
y no extrañaros si vivimos.
Hemos salido de la guerra vivos.

No queremos descanso,
ni silencio.
No nos aduléis con el nombre
"Participante de la guerra".

Queremos
renovar con el trabajo
las medallas y el honor.
Se nos van las manos
tras los trabajos duros.
Hemos abierto trincheras en la tierra,
y ya es hora
de afilar las rejas del arado
y conducir tractores.
Ya es hora de cambiar
el sonido de las armas
por el de las hachas de trabajo,
el silbido de las balas
por el chirrido de la sierra
y de la pluma.
Perdóname, querida.
Ayúdame a vivir.
Yo mismo colgaré el capote,
yo mismo me descalzaré.
Yo mismo te llevaré
a donde están las casas y las tormentas.
Los dos, asidos de la mano,
mis ojos puestos en tus ojos.
Ya estoy de nuevo contigo,
pero el anillo de tus manos
no es salvavidas,
ni corona,
ni candado.

Traducción de A. C.

LA DICHA NO TIENE MEMORIA

La dicha no tiene memoria,
no, no la tiene.
Lo he comprobado no hace mucho.
Y ya hace tiempo.
Todo dolor deja en seguida su huella amarga,
mas no la dicha.
La sin memoria
es como el aire —lo comprobamos y conocemos—
tan natural es como el aire, es como el agua.
Se nos olvida
y estamos indefensos a sus desgracias.
Inútil me parece hablar de dicha.
Es como el corazón —allá, en el pecho—,
que sólo lo sentimos si se contrae
y nos parecen
nuestros los siglos.
¿Te asombras?
No, no estoy llorando, río,
no quiero abandonar el mundo.
Yo sabré cómo vencer tanto dolor
y ya no guardo rencor por las ofensas.
La dicha no tiene memoria, ni es traicionable,
somos su aliento,
a ella fundidos.
Y las desdichas y las ofensas
no son capaces
de indisponernos
a mí y a ella.

Versión de Rafael Alberti
y María Teresa León

VASILI FIÓDOROV
(1918)

SE AMUSTIA...

Se amustia la hoja del álamo,
gira el blanco plumón;
rendido de girar
en mis sienes se posa:
el plumón alado
en canas se convierte...
¡Por fin he podido
hallar al culpable!

NO ES FÁCIL

No es fácil
para el hombre que nació en Siberia
ser tierno en la agitada tempestad,
y la palabra, como un pesado fardo,
aguantar en el alma a todas horas.
La palabra es un peso,
la palabra
es un yugo imposible de esquivar:
o al poeta aplasta contra el suelo,
o el poeta
puede con ella exterminar al enemigo.

LOS CORAZONES

Sabemos
por experiencia
que en los días de los ataques psíquicos,
los corazones no ocupados por nosotros
los ocupará al punto el enemigo.
Los ocupará para vengarse,
los ocupará, se aferrará allí
y se pondrá a golpearnos...
¡Los corazones!
¡Pero si son cotas
que no se pueden abandonar!

Traducciones de María Cánovas

SERGUÉI NAROVCHÁTOV
(1919)

EN AQUELLOS AÑOS

Pasaba, rechinando los dientes,
ante aldeas y urbes arrasadas
por la Rusia lacerada y doliente
que los padres y abuelos nos legaran.

Recordaba los pueblos incendiados,
las cenizas que el viento saturaba
y a las muchachas que, con clavos bíblicos,
en las puertas yo ví crucificadas.

Los cuervos revolaban atrevidos
y el gavilán su presa desgarraba;
los crímenes más sórdidos y viles
marcaba el negro signo de la svástica araña.

Igual en mi dolor a los cantares,
los pueblos como anales hojeaba,
viendo en cada mujer a Yaroslavna
y en cada arroyo al río Nepriadva.

Y a mi sangre, muy fiel a lo más santo,
decía lo que expresan los cantares:
—Madre Rusia, gran sol de nuestra vida,
¿qué venganza emprender para vengarte?

1941

Versión de José Vento

BORÍS SLUTSKI
(1919)

LOS TRENES

Trenes rápidos, trenes expresos.

La locomotora, con su pupila ígnea,
parece una estrella fugaz
que, al demorar la caída,
roza con su vuelo rasante los andenes.

Rasgan el aire los silbidos.

Crujen rítmicamente los vagones.

Al borde del camino,
cerca de los raíles
azules, un muchacho sentado
en cuclillas, transido
por el frío, aprovecha
el humo negro para calentarse,
para lavarse el vapor blanco,
soñando
que será fogonero algún día.

Qué poco tiempo ha pasado desde entonces!
Qué historia tan vulgar es esa historia!

Como a un lugar no muy distante,
como en un tren de cercanías,
me llevan estos años
de vapor y de humo, años
movidos por altivas
locomotoras, tripuladas
por muchachos de blancas
camisas, de negras
camisas, blancas y negras juntas.

Voy montado en mis versos
lo mismo que antes iba en los estribos.

CABALLOS EN EL OCÉANO

Aunque no mucho ni muy lejos,
los caballos pueden nadar.

"Slava" —que en ruso quiere decir "Gloria"—
es un nombre difícil de olvidar.

Con tal nombre, un orgulloso barco
se internaba, atrevido, mar adentro.

En la bodega, mil caballos,
estremecido el inocente belfo,

piafaban noche y día: sus miles de herraduras
no traerían esa vez la suerte.

Cuando, muy lejos de la tierra,
la mina abrió en la quilla un gran boquete,

los hombres se subieron a los botes,
los caballos nadaron, simplemente.

No había sitio en las balsas ni en las lanchas:
tan sólo eso podía hacerse.

Como una isla rojiza flotaron en el agua,
una isla a la deriva sobre el mar. Al principio
parecía que nadar era muy fácil,
creían que el océano era un río.

Pero ¿dónde estaban las márgenes del río?
Casi sin fuerzas ya para nadar,
relincharon de pronto, contra aquellos
que los ahogaban en el mar.

Al fin se hundieron, salpicando
el aire de relinchos y de espuma.

Eso fue todo.

... Y mi tristeza
por ellos, los caballos que nunca
galoparán ya más sobre la tierra.

Versiones de Angel González

SERGUÉI ORLOV
(1921)

EN EL GLOBO TERRÁQUEO

En el globo terráqueo le enterraron,
y era sólo un soldado, solamente
un sencillo soldado
sin cruces en el pecho ni oropeles.

Por los siglos y siglos,
será para él la tierra un mausoleo,
y en torno lanzará la Vía Láctea
sus eternos destellos.

En los rojos escarpes de las cumbres
duermen las nubes. Corre la ventisca,
retumba el trueno, y, fogosos, los vientos
a gran velocidad se precipitan.

Hace ya tiempo que cesó el combate...
Manos amigas, al soldado muerto
en el globo terráqueo han colocado
como en un mausoleo...

Versión de César M. Arconada

LA VIDA ES FRÍA SIN CANCIONES

La vida es fría sin canciones.
No conozco sitio en la tierra,
abierta a los cuatro vientos,
donde no se sienta amor por ellas

Nadie compone la canción:
brota en las marchas de soldados,
en la queja de un acordeón,
en los suspiros de enamorados.

El blanco abedul se estremece
ante las casas de la aldea,
un corazón responde a otro,
y la canción se expande por la tierra.

Como eterno es el rumor del bosque
y el rosicler de la aurora,
así la canción será eterna,
aunque ninguno la componga.

Versión de José Vento

SEMIÓN GUDZENKO
(1922-1953)

YO FUI DE INFANTERÍA...

Yo fui de infantería en campo abierto,
en el barro de las trincheras y en medio del fuego.
Aunque en el último año de la guerra
pasé a ser periodista militar.
Pero si hay que combatir de nuevo...
Mi voluntad es ésta:
que me enrolen otra vez
en un batallón de tiradores.
Quiero ser soldado raso de nuevo
por lo menos un tercio del camino;
desde esas cumbres,
después podré bajar a la poesía.

1946

EN EL CLUB DE LA GUARNICIÓN...

En el club de la guarnición de Transcarpatia
leía un poema sobre la retirada, y decía
que no es el ángel de la muerte quien llora
los cuerpos de los soldados caídos, sino
el comandante del batallón.

Me escuchaban
como sólo se escuchan entre sí
los hombres de una misma sección.
Y sentí que en los espíritus
fulguraba la chispa de mi palabra.
Cada poeta tiene su provincia
que le perdona los pecados,
todas las pequeñas ofensas y culpas
a cambio de sus versos veraces.
Y yo también tengo la mía,
pero que no figura en el mapa.
Mi provincia sincera y adusta
es la provincia de la guerra...

1946

Versiones de Nicanor Parra

ALEXANDER MÉZHIROV
(1923)

¡HERRADURA DE LA SUERTE!

¡Herradura de la suerte! ¡Herradura!
En un rapto de audacia te estiré
y ahora no puedo volver a torcerte,
no puedo recobrar el difícil derecho a la felicidad.

Cómo hacer volver tu rostro estepario,
el fuego indómito de tus ojos oscuros,
tus labios resecos por la canícula,
todo lo que la vida nos arrebata.

Es lo que digo a una niña caprichosa
para quien en el mundo nada tiene importancia,
y con la herradura estirada en la mano
escucho cómo caen en el vacío las palabras.

1956

LA EDAD

Nuestra diferencia de edad no es tan grande,
quizá no llegue ni a los cinco años.
Pero tuviste razón al ver en mí a un viejo,
y estoy dispuesto a admitirlo.

No te reprocho
la crueldad de tu ingenua franqueza,
pues, realmente, soy mayor que tú
toda la Guerra Patria.

Versiones de Nicanor Parra

BULAT OKUDZHAVA
(1924)

EL ALEGRE TAMBORCILLO

Levántate antes, levántate antes, levántate antes,
cuando el portero la limpieza hace.
Verás, verás, cómo el alegre tamborcillo
toma en sus manos las baquetas de arce.

Será medio día perdido en el rumor,
el ruido de tranvías y el torbellino humano,
pero se escucha, ¿oyes?, cómo el alegre tambor-
[cillo
va a lo largo de la calle con su tambor.

Será el atardecer mentiroso y conspirador,
caerá la oscuridad al pavimento,
pero observa, y verás cómo el alegre tamborcillo
va a lo largo de la calle con su tambor.

Redoble de baquetas ya cercano, ya lejano.
Entre la niebla, a medianoche, en la confusión...
Acaso tú no escuchas cómo el alegre tamborcillo
a lo largo de la calle redobla su tambor.

Traducción de Elva Macías
y Eraclio Zepeda

CANCIONCITA SOBRE LA PUERTA ABIERTA

Cuando la nevasca grita como una fiera
prolongada y bravamente,
no cerréis vuestra puerta,
que la puerta esté abierta.

Si se os presenta un largo camino,
un camino difícil,
no olvidéis abrir de par en par la puerta,
dejad la puerta abierta.

Y al salir, entre el silencio de la noche,
sin otras palabras decidid:
La llama del pino con la llama del alma
mezclad en la estufa.

Que sea caliente la pared,
que sea suave el banco...
No valen un bledo las puertas cerradas,
un candado no vale nada.

Versión de Samuel Feijoo

KONSTANTÍN VANSHENKIN
(1925)

VIDA, YO TE AMO

Vida, yo te amo,
y esto en sí no es nada nuevo.
Vida, yo te amo,
yo te amo siempre, siempre.

El viejo y sombrío bosque,
los fuegos que al atardecer cabrillean,
el exprés transiberiano
y el vagón de recias tablas.

Y el silencio de la medianoche,
y el último ascensor que chirría al subir
y los innumerables tejados
que se amontonan fuera de la ventana.

Amo yo estas alturas,
el temblor del metal apretado
en la mano.
Vida, yo te amo,
y me afano porque seas mejor y mejor.

Por los periódicos sabemos
lo generosa que a veces eres:
ciento cincuenta años
puedes dar a cualquier hombre...

¡Ay, cómo vuelan los años!
Al advertir las canas nos
entristecemos.
Vida, ¿recuerdas a los soldados
que defendiéndote murieron?

Y otra vez, otra vez,
voy por los lejanos caminos.
Todo lo quiero abarcar,
todo lo quiero comprender.

No poco he recibido:
la extensión de la tierra, la llanura
del mar.
Hace tiempo que conozco
la sincera amistad de los hombres.

En el trajín de cada día,
qué féliz soy de no tener tranquilidad.
Un amor tengo:
Vida, tú sabes bien qué es eso.

Cómo cantan los ruiseñores.
Penumbra. Un beso al amanecer.
Y la cumbre del amor,
los hijos, esa gran maravilla.

De nuevo con ellos recorremos
la infancia, la juventud,
las estaciones, los embarcaderos...
Vendrán los nietos después,
y todo de nuevo se repetirá.

Alégrate, marcha adelante,
resuena en los clarines el himno
a la primavera.
Vida, yo te amo,
y pienso que tú también me
correspondes.

Versión de César M. Arconada

EVGUENI VINOKÚROV
(1925)

MI AMOR ESTÁ LAVANDO

Mi amor está lavando,
y sus hombros van y vienen.
Alza sus delgados brazos
en tanto la ropa tiende.

Está buscando el jabón,
cuando lo tiene en la mano.
¡Qué triste veo su nuca
de rizos leves y blandos!

Mi amor está lavando.
Por no mancharse la frente,
se recoge con el brazo
un mechoncillo rebelde.

O bien mira la ventana
con ánimo distraído,
o bien canta con voz dulce
sin saber que yo la miro.

Los primores del ocaso
contempla por la ventana.
Del jabón y la lejía
se siente un poco enojada.

Nada más bello en el mundo,
nada en el mundo más alto
que su penosa mirada,
que sus delgaditos brazos.

1957

Traducción de Agustín Argüelles

ARTISTA, EDUCA AL ALUMNO

Artista, educa al alumno,
y al educarlo no escatimes esfuerzos.
Que su mano siga la tuya
tras los garabatos del cuaderno cuadriculado.
No importa si te mira altanero
creyéndose oráculo por un instante.
Artista, educa al alumno,
para que luego se pueda aprender de alguien.

Versión de Vicente Arana

YULIA DRÚNINA
(1925)

UNA VEZ VI UN COMBATE...

Una vez vi un combate a la bayoneta.
Una vez de verdad y mil en sueños.
Quien diga que la guerra no es nada horrendo,
ése ignora lo que es la guerra.

1943

MI VIDA...

Mi vida no corrió majestuosa como un río:
siempre anduvo falta de silencio y sosiego.

¿Y qué soldado tiene un plácido destino?...

Pero hubo minutos, pero hubo segundos:
a un minuto del combate se oye sólo el silencio;
a un segundo del combate la vida se hace más bella.

¡Qué hermosa la hierbecilla se ve en el parapeto!

¡Qué hermosa!... Pero una explosión turba la calma.

... De ti y de mí se apiadaron los obuses y las minas
y el amor fue compañero en nuestra ruta larga.

Hoy, con más razón que nunca, camina a nuestro lado,
hoy, por fin, puede el corazón tranquilizarse.

Estoy serena a tu lado, tan serena como entonces,
en la trinchera... un minuto antes del combate.

1959

Traducciones de Agustín Argüelles

RIMMA KASAKOVA
(1932)

ME PAREZCO A LA TIERRA...

Me parezco a la tierra
intacta todavía, sin hendir.
Difícil le fue al cielo
acostumbrarse a mí.
Los fuertes aguaceros me azotaban,
me calentaba el sol hasta los huesos.
El tiempo, con su rauda pesadez,
pasaba sobre mí
como un ejército.
Mas como yo tendía
firme y tenaz al cielo,
llegaron hasta amarme
la fina lluvia y el vagabundo viento.
Me llegaron a amar,
y pródigos me dieron sus riquezas,
y me abrieron el paso
por llanuras, quebradas, bosques, peñas.
Marcho sin doblegarme,
arriba vibra en luz mi antiguo cielo.
Y canto y me sonrío
allí donde otros callan indefensos.

Marcho sin doblegarme,
abajo mi fragante, antigua hierba.
No temo a nada, a nada,
porque tengo derecho a la entereza.
Una extraña no soy entre abedules,
almiares, prados y burlescos ríos.
Todas las pesadumbres me las curan
las polvorientas flores del camino.
No preciso pedir
ni posada, ni pan, ni luz, ni nada.
Para el bosque no soy un ser extraño,
ni lo soy para el rayo o para el agua.
Si la desgracia viene,
mi nombre invoco, avanzo,
que a nadie soy extraña,
y me alberga y protege cada árbol.

Versión de César M. Arconada

RÓBERT ROZHDÉSTVENSKI
(1932)

RÉQUIEM

¡Recordad!
Tras de los siglos,
tras de los años,
¡recordad!
De aquèllos
que ya no volverán
nunca
¡acordaos!
¡No lloréis!
En la garganta
apagad
los gemidos,
los amargos gemidos.
¡De la memoria
de los caídos,
sed
dignos!
¡Siempre
dignos!
Con el pan y la canción,
sueños y versos,

con la vida
espaciosa,
con cada
instante,
cada
aliento,
¡sed dignos!
¡Hombres!
Hasta que los corazones
latan,
recordad
con qué
precio
vuestra felicidad fue conquistada,
por favor,
recordadlo.
Vuestra canción
enviando al viento,
¡acordaos
de aquellos
que ya no cantarán
nunca!
¡Acordaos!
¡Habladles a vuestros hijos
de ellos,
para que
los hundan en la memoria!
A los hijos
de los hijos
habladles de ellos,
para que también
los hundan en su memoria.

En todos los tiempos
de la Tierra
inmortal
¡recordad!
A las centelleantes estrellas
conduciendo las naves
¡recordad!
Recibid
la primavera palpitante,
hombres de la tierra.
Matad
a la guerra,
maldecid
a la guerra,
¡hombres de la tierra!
¡Llevaos nuestro sueño
por los años,
con la vida
llevadlo!...
Pero de aquellos
que ya no vendrán nunca
os ruego:
¡acordaos!

Versión de Samuel Feijoo

VLADÍMIR TSIBIN
(1932)

EL PULSO

Bajo los rápidos trenes
cruje el viento
como las ramas.
Con el corazón, cual telescopio,
miramos el siglo.
Yo temo
caer,
como cuando se desciende.
Mi pulso me hierve.
Mi pulso
es un pájaro en la red.
Irrumpen en mi pecho los sonidos
de las penas y alegrías,
y también por los ojos y oídos,
a través de los años y desdichas.
Golpea en mis tímpanos
un inmenso mundo azul.
¡De un corazón explosivo
siento la plenitud!
Mi sangre y mi vida
me han hermanado con el alba.

Soy capaz de doblar el arco iris
como una herradura.
Mi corazón
tropieza con mi memoria
igual que un ciego.
¿No le habrán abierto surcos las cicatrices
como los abre el arado en los huertos?

Estoy hecho de gérmenes y brotes:
a punto de estallar estoy.
Y oigo
cómo se abren
los ojos en mi corazón.

Versión de Vicente Arana

ANDRÉI VOSNESENSKI
(1933)

SECOYA LENIN

En la automovilística California,
donde huele el sol a colofonia,
hay un parque de secoyas.

Una de ellas

aparece un día a Uliánov dedicada.

"Secoya Lenin".

La multitud se agita como alocada.

¡"Secoya Lenin"!

Igual que una explosión.

El sheriff, sin abrocharse el pantalón,
como un lulú con la lengua fuera,
a ver al alcalde corre que se las pela.

"Señor alcalde, a la vista un motín,
y las raíces parten de Moscú...

¡Huf!..."

El alcalde se traga el puro. ¡Socorro!

Y sale pitando al Mississipí.

Por toda América, sirenas.

La gente, a los sótanos corre sin demora.

Salen los tanques como tortugas.

Se pone en marcha una excavadora.

.....

En el centro del parque, un hoyo abierto.

¿Quién te plantó, secoya?

¿Quién escuchó el rumor de este árbol secular?

Quemaron la tablilla aborrecible.

No existe la secoya.

¡Pero existe!

A las doce en punto,
cada día,
sobre los rascacielos,
brillante como la cúpula de un paracaídas,
luminoso su tronco igual que un reflector,
la secoya se alza, incólume y visible.

No existe la secoya.

¡Pero existe!

Así también
sobre Moscú las salvas
penden
como un follaje misterioso.

Cada uno de nosotros una secoya tiene.

Como un jardín plantamos, aquí y allá, conciencia.

La secoya es mi luz, es mi entrañable amiga.

Dondequiera que esté,
en el país que viva,
entre afanes, quehaceres, contratiempos,
entre la algarabía de alegres carnavales,
en los trances difíciles,
como en una piscina me sumerjo
en la sombra plateada de la verde secoya.

Sus infinitas pláticas
son para mí como aire puro y libre.

¿No existe la secoya?

¡Sí, la secoya existe!

Versión de César M. Arconada

BAÑOS SIBERIANOS

¡Los baños! ¡Los baños! Golpean
las puertas.
Salta a la nieve una mujer.

Directamente, del agua
humeante, salen a la nieve.
Los rosas, los blancos Renoir
palidecen junto a ellas.

¡Qué hermosura! Esos hombros,
esas amplias espaldas
como metal fluido,
luminoso.

Corren, brincan, brillan.
Se hablan de "tú", de "tú", de "tú"
la pureza del fuego y de la nieve
y la pureza del desnudo.

Día helado, cielo azul.
Cuatro mozos —pellizas,
sangre ardiente— las miran.
Bromean,
corren, ríen!

Sustos, gritos.
¡A la caseta!...
Huyen
como doradas flechas.
Mas una, se vuelve
y tira
una bola de nieve.
Y ríe.

Versión de Blas de Otero

EVGUENI EVTUSHENKO
(1933)

LA ABUELA

Recuerdo, meditando en los años,
cómo vivieron en espera las casas,
cómo se abatieron las tormentas
del cuarenta y uno
sobre la pequeña estación de Zimá.

En mi vida el maná no me cayó del cielo.

En aquellos días, nudo,
me congelaba
esperando en las colas.

Mi madre estaba en el frente.

Vivíamos solos mi abuela y yo.

Ella era una autoridad en la vida local:
presidía el soviet ciudadano
con su viejo pañuelo en la cabeza,
botas de hombre,
un capote militar
y una carpeta
bajo el brazo.

Teniendo presente todo el mal del mundo,
con rabia me hablaba
de un desertor capturado
y de los que robaban
el grano.

Atemorizados por su palabra
áspera y tenaz
cuando la saludaban,
no se encogían
en vano
nuestro vecino,
que iba a la iglesia a escondidas,
y cierto borracho
contable de los almacenes estatales.

Pero a veces,
en la hora breve del descanso,
empezaba de pronta a contar
mientras atizaba el fuego...

Yo me sentaba con otros niños,
mi desharrapada banda de Zimá.

Ella, con voz alegre y doliente,
los ojos perdidos en una ansia lejana,
hablaba
de huelgas
y victorias,
de luchas clandestinas,
de cárceles,
de amigos fusilados.

La tormenta golpeaba sin tregua en la ventana.
pero ella, quitándose las gafas
con montura de cuerno,
a nosotros, extasiados,
nos cantaba quedamente
por la gran batalla final.

Le hacíamos coro
y brillaban con viveza
los ojos de su impaciente auditorio.

En Siberia los chicos cantaban
la Varsovianka,
y los alemanes
se replegaban
de Moscú.

Traducción de Natalia Ivanova
y Jesús López Pacheco

¡LA MITAD NO QUIERO DE NADA!

¡La mitad no quiero
de nada!

¡Dadme el cielo todo!

¡Toda la tierra!

Los mares y los ríos, los torrentes de las montañas,
¡míos! No los comparto.

No me seducirás, vida,
con una parte.

¡Todo entero! ¡Yo podré con todo!

No quiero ni parte de la felicidad
ni parte del dolor.

Quiero, sí, la mitad de la almohada
donde, pegado a tu mejilla,
como una pobre estrella fugaz,
fulgure el anillo de tu dedo...

Versión de Rafael Alberti
y María Teresa León

LA ISBA

Plena noche, y que de nuevo
cabaña de pescadores
me acogió tan entrañable
como los niños suelos del caminar a gatas.

Tiernamente me acuesto en un rincón
como si fuera mi cuna, la de mi infancia;
y cimbreaban los hendidos suelos,
recordados hasta en sus grietas mismas.

Pescado, tabaco fuerte,
criaturas, gatos, sopa de verduras:
estaba en mi casa
oliendo y purificándome.

Roncar del pescador,
niños encaramados en el horno,
tartas entre los dientecillos
de todavía harina caliente.

Lavar, fregar, sola, sin acostarse,
badila, escobas o agujas,
velaba la madre, la dueña,
trabajo siempre entre las manos.

Un río se enfadó, era el Pechora
que rugía furioso:
"Retoza" —dijo la madre para sí,
como si hablara de un torete.

Apaga macilento candil
y sale el ama. Oscuridad,
mientras al otro lado del tabique,
en la cocina
—¡ay, ay, ay!—, cómo lavaba la madre.

Tosían los relojes, péndulos de la noche,
arrastrando la Historia.
¡Leña recién cortada,
blancas llamas!...

Ocho infantiles ojos
—ocho centellas tuyas—,
río Pechora,
sorprendidos, temerosos,
brillaban en la noche, indómitos.

Inclinadas cabezas,
por sobre el horno,
desde la imposible lejanía
cuatro niñitos me observaban
a mí, mayor que ellos.

Por ellos, fingiéndome dormido,
una oración entre los labios;
y cesan de repente el: "¡Há, há, há...!",
los ruidos, los ayes del lavar,
y se entreabre la puerta.

Silencio.
Y a través del sueño fingido,
percibo cierto contacto
que me recuerda la infancia.

Me arropa una zamarra
peluda y caliente,
y en la cocina
otra vez se oye el: "¡Há, há, há...!",
la madre lavando.

En pañales, y sábanas, y ropas,
en torbellino de todas las pasiones,
bajo el trueno de los acontecimientos universales,
las manos iban y venían.

Más de un bellaco
aspira a la inmortalidad;
pero sólo este "¡Ay!" del lavar
es inmortal, en esencia.

¡Destino, con tus mil caras!
¡Isba, como la sensación
de millones de mujeres
que llevan vida difícil!

Dueños absolutos de ella,
isba, desde donde
miles de niños, a mí,
que soy mayor,
me observan.

Versión de José Herrera Petere

NOVELLA MATVÉIEVA
(1934)

LAS PRIMERAS HOJAS DE LA COL...

Las primeras hojas de la col
son gruesas como suelas nuevas,
más rotundas que las blasfemias,
más compactas que las corazas,
con fibras como las maromas.

Como rústico regimiento
de plurales armaduras,
protegen el cogollo
—suave como la seda—
de toda suerte de infortunios,
de toda suerte de tormentas.

Para poder ver el cogollo,
arranqué la primera hoja.
Y en seguida se derramaron
unas lágrimas de rocío.
Fui quitando nuevas hojas
como quien se quita las vendas,
y se me abrió de repente
un curioso laberinto.

Se enterneció el repollo
y lloró como un ser vivo,
hundiendo al punto entre mis manos
su afligida cabeza.

Traducción de José Santacreu

BELLA AJMADÚLINA
(1937)

EL AUTÓMATA DE LOS REFRESCOS

Con misterioso paso se va acercando un niño,
lo mismo que a un juguete que quiere darle cuerda,
a la especial garita que guarda los refrescos,
de todos los autómatas, favorita altanera.

Fantaseador innato, echa después el niño
por la estrecha ranura la mojada moneda,
y el rostro salpicándole,
un surtidor rosado en el vasito apresa.

¡Quién tuviera aunque sólo fuese por un instante
el dominio del niño ante el simple secreto!
Pero no, que se vierta el agua entre mis manos,
porque merced tan grande no merezco.

Y el niño, copartícipe de milagros terrenos,
lleva siete facetas de cristal en la mano,
y los destellos hieren como espadas la vista
al caer en el suelo de rojo enarenado.

Tímida, quiero unirme a ese juego del niño
y me entrego dichosa al riesgo y al acaso
de la moneda echada en la ranura.
Estremecida, tomo el vaso entre mis manos.

Y después de romper los grilletes de plata,
un remolino brota de sabores de frutas
lleno de ignoto aliento
y del fresco tropel de las burbujas.
Los colores del iris que fluyen de la máquina
pasan al paladar con breve cosquilleo,
y así la lengua prueba en ese instante
los siete diferentes sabores del espectro.
Y con una bondad ya pasada de moda,
el alma de la máquina nos contempla distante,
como una campesina que con su fría mano
el cántaro le ofrece al caminante.

Versión de César M. Arconada

OLEG DMÍTRIEV
(1937)

DOS

Jamás el hombre está tranquilo.
Sin cesar prueba destinos muy distintos;
bajo el agua, tras de peces carnívoros,
bajo la tierra, recorriendo laberintos.
La espesura de la taiga atraviesa,
vive meses en témpanos lejanos
o se traslada sobre una balsa
bajo las velas a través del océano.
Mientras otro, frente al televisor sentado,
toma su té con galletitas
y casi en desafío mira
este tipo de aventuras;
cuando el espectador vecino
detiene la respiración ante el espanto,
él grita: "¡Niñerías!"
despectivo.
Siempre tuvo miedo a la palabra
"valentía".

Traducción de Elva Macías
y Eraclio Zepeda

NOTA EDITORIAL 7

PROLOGO: *La poesía soviética* 9

ANTOLOGIA

DEMIÁN BIEDNI: *Epílogo del poema "La Calle Mayor". Nadie sabía* 29
ALEXANDER BLOK: *Los doce* 32
ANNA AJMÁTOVA: *Seguramente muchas cosas. Juramento. Valor. Cinco años han pasado. Pushkin. El jardín de verano* 45
NIKOLÁI ASÉIEV: *Húsares azules. Mis versos... ¿Qué es la felicidad?* 48
VERA INBER: *Nuestra vida* 53
VLADÍMIR KIRÍLLOV: *Escuché esta canción* 56
BORÍS PASTERNAK: *La sustituta. Si hubiera yo sabido... El vencedor. Julio. Hasta la esencia misma de las cosas* 58
OSIP MANDELSHTAM: *Un decembrista. Toma de mis manos... Como tantos otros* 63
MARINA TSVETAEVA: *Al que nunca sembró... A Maiakovski. Conato de celos* 66
VLADÍMIR MAIAKOVSKI: *Marcha a la izquierda. Conversación con Lenin. A plena voz* 69
SERGUÉI ESENIN: *El ayer que desaparece. Carta a una mujer. Shagané. Al perro de Kachálov. Una luna vaga y enfermiza... Voy cruzando el valle. Las flores me dicen adiós* 83
EDUARD BAGRITSKI: *La muerte de la pionera* 96
PÁVEL ANTOKOLSKI: *El hijo. Prólogo. Epílogo* 103

NIKOLÁI TÍJONOV: *Balada de los clavos. Perekop. Como la huidiza estela de los remos* 106
VASILI KASIN: *Mayo laboral. La garlopa* 110
ILIÁ SELVINSKI: *A la patria* 112
ALEXÉI SURKOV: *Héroe. Trinchera. Por la primera vez... Al alba* 114
STEPÁN SCHIPACHOV: *No me importa la muerte. Aprended a cuidar el amor. Junio de cerezos fragantes. La palma de la mano* 118
MIJAÍL ISAKOVSKI: *Vuelan las aves de paso. Los enemigos incendiaron su casa* 121
ALEXANDR PROKÓFIEV: *Versos a Rusia. Versos, versos, inquietud mía... El corazón del soldado. De nuevo hogueras de maleza* 124
VLADÍMIR LUGOVSKÓI: *El baile de los cadetes. La estrella. Nuestra época* 128
NIKOLÁI SABOLOTSKI: *De la belleza de los rostros humanos. Leyendo versos. Grullas* 135
VISSARIÓN SAYÁNOV: *Los cornetas del Primer Ejército de Caballería* 138
MIJAÍL SVIETLOV: *Granada. Horizonte* 140
YÓSIF UTKIN: *Si te hieren, amado, en la guerra...* 146
ALEXANDER ZHÁROV: *La piedra entrañable* 148
LEONID MARTÍNOV: *Cielo y tierra. Los hombres. Quiero que el amor abrace el mundo* 150
SEMIÓN KIRSÁNOV: *Nada que hacer. Encontrarse a sí mismo* 154
DMITRI KEDRIN: *La muñeca* 157
BORÍS KORNÍLOV: *Mi hijo* 160
NIKOLÁI RILÉNKOV: *El sonido y valor de las palabras. Tardes invernales* 162
OLGA BERGGOLTS: *No te ocultaré mis tristezas. Tengo tanto miedo... Antes de separarse* 164
NIKOLÁI GRIBACHOV: *Lluvia de verano. Felicidad* ... 167
ALEXANDER TVARDOVSKI: *Me han matado cerca de Rzhev. Recuerdo de la madre* 170
PIOTR KOMAROV: *Región del Amur* 177
SERGUÉI PODÉLKOV: *A mi hijo. La canción queda* ... 179
LEV OSHANIN: *Mi Volga, mi Volga* 181
BORÍS RUCHIOV: *Toda la Rusia inmensa...* 183
YAROSLAV SMELIAKOV: *Mi generación. Si enfermo... El viejo* 186
SERGUÉI SMIRNOV: *Cruzar tierras y mares. El hombre.* 190
ALEXANDER YASHIN: *Un domingo* 192
VÍCTOR BÓKOV: *¿En dónde empieza Rusia?* 194

ALEXÉI NEDOGÓNOV: *Réquiem a un soldado* 196
MARGARITA ALIGUER: *El retrato de Zoya. Otra vez han reñido... La gente no me perdona los errores* 198
EVGUENI DOLMATOVSKI: *Compañeros* 201
KONSTANTÍN SÍMONOV: *¿Recuerdas las carreras de Smolensk? Espérame* 203
VERÓNICA TUSHNOVA: *Desde la medianoche* 207
MIJAÍL DUDIN: *Verano de Vólogda. Canción a los puentes* 209
MIJAÍL LUKONIN: *A los que vuelven de la guerra. La dicha no tiene memoria* 212
VASILI FIÓDOROV: *Se amustia... No es fácil. Los corazones* 215
SERGUÉI NAROVCHÁTOV: *En aquellos años* 217
BORÍS SLUTSKI: *Los trenes. Caballos en el océano* ... 219
SERGUÉI ORLOV: *En el globo terráqueo. La vida es fría sin canciones* 222
SEMIÓN GUDZENKO: *Yo fui de infantería... En el club de la guarnición* 224
ALEXANDER MÉZHIROV: *¡Herradura de la suerte! La edad* 226
BULAT OKUDZHAVA: *El alegre tamborcillo. Cancioncita sobre la puerta abierta* 228
KONSTANTÍN VANSHENKIN: *Vida, yo te amo* 230
EVGUENI VINOKÚROV: *Mi amor está lavando. Artista, educa al alumno* 233
YULIA DRÚNINA: *Una vez vi un combate... Mi vida...* 235
RIMMA KASAKOVA: *Me parezco a la Tierra* 237
RÓBERT ROZHDÉSTVENSKI: *Réquiem* 239
VLADÍMIR TSIBIN: *El pulso* 242
ANDRÉI VOSNESENSKI: *Secoya Lenin. Baños siberianos.* 244
EVGUENI EVTUSHENKO: *La abuela. ¡La mitad no quiero de nada! La isba* 248
NOVELLA MATVÉIEVA: *Las primeras hojas de la col...* 255
BELLA AJMADÚLINA: *El autómata de los refrescos* ... 257
OLEG DMÍTRIEV: *Dos* 259

Se terminó de imprimir
en los talleres de
Altamira-Rotopress, S. A.
en el mes de junio de 1974